

Plataforma
Ficción

El club de la escalera

Sergio Vila-Sanjuán

**TEATRO
CONTRA EL
BULLYING**



El club de la escalera

Obra teatral en un acto

Sergio Vila-Sanjuán



Primera edición en esta colección:
octubre de 2014

© Sergio Vila-Sanjuán, 2014
© de la presente edición, Plataforma Editorial, 2014

Plataforma Editorial
c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14
www.plataformaeditorial.com
info@plataformaeditorial.com

Depósito legal:
B. 19289-2014
ISBN:
978-84-16096-91-6

Diseño de cubierta y composición:
Grafieme

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, dirijase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

PRÓLOGO

Una lacra devastadora, por Ferran Barri

El acoso escolar o *bullying* es una lacra que ha afectado y sigue afectando de forma devastadora a muchos niños y adolescentes, tanto en el pasado como en el presente, a pesar de los cambios que por fortuna se han producido en nuestra sociedad respecto a esta problemática en los últimos años.

Denominamos *bullying* al acoso escolar que se manifiesta de forma sistemática y continuada en el tiempo, que provoca una desestructuración en la personalidad de las víctimas y que las inhibe en sus interacciones sociales, ocasionando graves problemas de autoestima, y que puede dejar secuelas permanentes. El *bullying* se produce a espaldas de los adultos y dentro del grupo de iguales, en el cual el acosador o los acosadores tratan de buscar su reconocimiento y respaldo, ya sea haciéndolo participe o consiguiendo que sus integrantes asistan como meros espectadores de sus fechorías y que les rían sus presuntas gracias, que evidentemente no lo son.

Para conseguir sus fines, los verdugos no dudan en usar todos los medios a su alcance, como deshumanizar a sus víctimas despojándolas de sus propios nombres, que cambian por mote, o convertirlos en caricaturas que los muestran de forma grotesca ante sus compañeros. De este modo, consiguen que estos intervengan en muchos casos, haciéndoles creer que están participando de una broma y no de un acto que, en realidad, constituye una actividad delictiva.

En el pasado, por desgracia, la sociedad no era consciente del daño que el acoso escolar podía producir. «Son cosas de niños», se decía, y se tildaba de chivatos a quienes se quejaban, y se arremetía contra ellos aún con mayor crueldad e intensidad. Si bien este concepto ha cambiado, hoy siguen produciéndose situaciones de acoso que se han visto agravadas por la presencia de las nuevas tecnologías, tan extraordinarias y maravillosas en otros aspectos, pero que también han llegado a los acosadores de forma fácil y económica, posibilitando que sean usadas como potentísimas armas contra sus víctimas.

Es importante recordar que, a pesar de que muchas personas conocen los efectos inminentes del *bullying*, son pocas las que saben que, por ejemplo, los acosadores infantojuveniles son candidatos a maltratar a sus parejas o a hacer *mobbing* a sus compañeros de trabajo en la vida adulta, y muchas menos aún son conocedoras de que los hijos de las víctimas de acoso escolar tienen más propensión que el resto de la población a sufrirlo en sus carnes, que los que fueron víctimas en su infancia o juventud pueden tener más dificultades en mantener un puesto de trabajo

estable y para establecer relaciones de pareja e interpersonales en general, o que el hecho de haber sufrido *bullying* está relacionado con el uso de drogas, e incluso con el padecimiento de determinados problemas de salud mental.

Como podemos apreciar, el acoso escolar no solo puede amargar la vida de los escolares y sus familias, sino que puede marcarles de por vida tanto si son víctimas del mismo como verdugos a los que por permisividad, desconocimiento u otros motivos no se ha puesto freno a sus actuaciones.

En la actualidad, en nuestros centros docentes se han establecido protocolos y mecanismos para prevenir, detectar e intervenir en casos de *bullying*, y los docentes están informados y formados para poder actuar de forma eficaz ante cualquier situación de acoso. En este cambio de mentalidad han influido muchas personas que se han ocupado de estudiar y difundir sus conocimientos, creando una presión que ha provocado el cambio en la percepción social de este grave problema que afecta a nuestra infancia y juventud.

El autor de la obra que vais a leer, y que quizás os animéis a representar, es también una de estas personas que con su trabajo describe de forma magistral esta auténtica lacra, y sobre todo incide en el aspecto, que tan poco solemos tener en cuenta, de las secuelas a largo plazo que sufren las personas que han vivido este tipo de situaciones de acoso.

Ganador de un premio Nadal (2013), el periodista y escritor Sergio Vila-Sanjuán nos tenía acostumbrados a deleitarnos con sus novelas, ensayos y artículos de prensa, pero hoy se manifiesta también como autor teatral, que sitúa en escena a unos personajes que se reencuentran treinta y cinco años después de haber terminado su bachillerato, cursado en un centro religioso de la zona alta de la Barcelona de los años sesenta y setenta, aún en plena época de la dictadura.

Durante la conversación entre los diversos personajes vamos viendo cómo afloran fantasmas del pasado (y nunca mejor dicho, como verá el lector cuando lea la obra), y al matón de aquella época le recriminan sus actuaciones juveniles, que él trata de justificar usando los sabidos y consabidos tópicos a los que, como hemos explicado anteriormente, recurren los acosadores para justificarse ante el grupo.

Las situaciones que crea el autor y las sucesivas intervenciones de los personajes, que se suceden con frescura y de un modo muy original, nos introducen de lleno en el desarrollo de la obra, que se hace fácil de leer y se intuye también muy fácil de representar. Cosa que deseamos que suceda, pues su difusión puede ayudar a comprender del mejor modo esta problemática, y sensibilizar al público en general y, en particular, a todos aquellos que trabajamos con niños y jóvenes, para que no toleremos más este tipo de conductas de acoso.

Espero que el lector disfrute tanto como ha disfrutado quien firma este prólogo, a la vez que conozca o reconozca las características propias del *bullying* y sus consecuencias a corto y largo

plazo, y que le sirvan de tema de reflexión y concienciación ante uno de los mayores problemas a los que se enfrentan nuestros menores. Feliz lectura.

FERRAN BARRI es psicólogo, periodista y profesor en un instituto de enseñanza secundaria. Ha estudiado la problemática del *bullying*, ha participado en congresos internacionales universitarios sobre el tema en Europa y América, y ha colaborado en diferentes espacios de radio, televisión y prensa. Ha publicado *Sosbullying, prevenir el acoso escolar y mejorar la convivencia* (Wolters Kluwer, 2006) y *Acoso escolar o bullying* (Altaria, 2013).

Personajes en escena

Manuel Rovira

Mario Suelves

Dafnis

*Personajes que aparecen
únicamente en pantalla*

Agustín Mata

Héctor Conde

Juan Suau

La acción transcurre en el amplio reservado de un restaurante de categoría mediana, donde está preparada una larga mesa con los cubiertos dispuestos y botellas de agua y vino para una veintena de personas. En una esquina hay un carro con bebidas de alta graduación.

Sentado en un extremo de la mesa, aparentemente consultando su Smartphone, está Suelves. Presenta un aspecto discreto y serio, con traje semioscuro y camisa abierta, sin corbata.

Entra en escena Rovira. Muy moreno, como quien va a sesiones de bronceado artificial, lleva una camisa estampada de vistosos colores y una cadena de oro en el cuello. El cabello, con claros, luce un subido tono entre castaño y pelirrojo, obviamente producto del tinte.

Ambos personajes están en la cincuentena.

ROVIRA (*desde la esquina*). Hola.

Suelves continúa con el teléfono, sin hacerle caso.

ROVIRA. ¡Eh, hola!

Suelves sigue con lo suyo impertérrito. Rovira se acerca hasta pocos centímetros.

ROVIRA. Oye, tío, ¿no me has oído?

Suelves, como si no hubiera registrado hasta ahora su presencia, despistado, levanta la mirada.

SUELVES. Hombre, hombre... (*Se incorpora.*)

ROVIRA. Tú eres...

SUELVES. Yo soy...

ROVIRA. ¡No me digas!

SUELVES. Sí te digo.

ROVIRA. Hostia, hostia, tío... ¡Cuánto tiempo!

SUELVES. ¿Treinta y cinco años?

ROVIRA. No me lo puedo creer. ¡Venga, dame un abrazo!

Ambos se abrazan efusivamente.

ROVIRA (*emocionado*). Coño, cuánto tiempo. Así que eras tú... Mira por dónde...

SUELVES. ¿Te extraña?

ROVIRA. Sí, claro, bueno, extrañado lo estoy desde hace días. Desde que recibí ese mensaje; no entendía bien de qué se trataba. Si no fuera por la referencia al cole, hubiera pensado que era una oferta comercial. La verdad es que me lo pensé mucho y al final estuve a punto de no venir.

SUELVES. ¿En serio?

ROVIRA. Es que me dejó pasmado ese *mail*, tan ceremonioso (*recita con tono engolado*): «Si usted es el Manuel Rovira que estudió en el colegio de los Padres Beneméritos de Barcelona, en el curso que acabó el bachillerato en 1974, por favor póngase en contacto con nosotros a propósito de un tema relacionado con su vida en aquella época». Oye, qué protocolario...

SUELVES. No iba a empezar a tutearte antes de confirmar que tú eras tú.

ROVIRA. ¿Cómo me localizaste?

SUELVES. Busqué por Google, había muchos Manuel Rovira. Luego consulté las páginas amarillas y también salían bastantes. En Facebook no estabas. Al final, a través del LinkedIn encontré a cuatro personas con tu nombre y os puse a todos el mensaje que recibiste...

ROVIRA. ¿Qué contestaron los otros tres?

SUELVES. Dos no respondieron, y uno me escribió que, aun en el caso de que fuera la persona que buscaba, tampoco hubiera podido contar con él, porque si había algo en esta vida de lo que tenía un recuerdo especialmente repulsivo, era de sus años de colegio.

ROVIRA. Es que, chico, ¡vaya idea! Buscarme tanto tiempo después, cuando ya habíamos perdido todo contacto. Pero tú no te arredraste, ¿eh? Qué alma de investigador tienes. Siempre has sido un figura, Suelves. (*Le coge cariñosamente el brazo.*)

SUELVES (*afable*). Y cuando te contactamos te picó la curiosidad, ¿eh?

ROVIRA. Hombre, es que el cole es el cole... Aquellos años fueron inolvidables. Es más, muchas veces he sentido que no hubiéramos mantenido el contacto de forma regular... ¡Con lo que me hubiera gustado tener noticias de todos vosotros!

SUELVES. ¿En serio?

ROVIRA. Sí, bueno, con algunos sí mantuve el contacto, pero a la mayoría os perdí de vista. No sé si te pasa a ti, pero yo pienso a menudo en aquellos tiempos, simples, tranquilos, sin problemas, con toda la vida por delante. Y, sobre todo, tiempos cachondos.

SUELVES (*en tono de complicidad*). Y que lo digas, nos lo pasamos bien, ¿eh?

ROVIRA. ¡Nos lo pasábamos muy bien! Con un cachondeo sano, que es lo que a mí me gusta. Sin dobleces, sin las cosas retorcidas de los adultos. Pero en fin, aquí estoy, ilusionado con volver a veros. Y ya puedes explicarme el motivo de tu llamada. ¿Qué os ronda por la cabeza a la vieja guardia de los Padres Beneméritos de Sarriá? ¿Es que preparáis el homenaje a algún cura de entonces? ¿Queda alguno vivo?

SUELVES (*evasivo*). Te lo iré explicando, no tengas prisa, lo de hoy es una especie de cena de antiguos alumnos... Aunque con alguna pequeña sorpresa especialmente preparada para ti. No te arrepentirás de haber venido... espero.

ROVIRA. ¿Sorpresas? Caramba, me tienes en ascuas.

SUELVES. Pero antes, cuéntame, ¿qué ha sido de tu vida desde entonces?

ROVIRA. Pues mira, no ha ido mal... Ya sabes que, aunque no sacaba muy buenas notas, soy una persona que sabe salir adelante.

SUELVES. Sin duda.

ROVIRA. Lo mío ha sido siempre el negocio directo, basado en las relaciones humanas. Con énfasis en el contacto personal. Yo soy de los que hacen tratos mirando a la gente a los ojos.

SUELVES. Eso estaba claro desde que éramos unos chavales.

ROVIRA. Así que he trabajado en muchas cosas: he sido representante de firmas deportivas,

promotor inmobiliario... Cuando aún daban de sí me fue muy bien con unas promociones junto al mar. Y al mismo tiempo he llevado muchos años un local de playa, un chiringuito de nivel, que era a la vez restaurante y bar de copas, a mí siempre me ha gustado la vida nocturna...

SUELVES. Lo recuerdo.

ROVIRA. Y cuando me cansé de ese bar restaurante, que era un negocio de temporada, agotador, monté una compraventa de coches, seminuevos, de primera calidad: BMW, Audi, Volvo... Hasta hoy, ya me ves, ¡mejor que a los veinte años! Gano pasta, porque a pesar de la crisis, para los coches buenos siempre hay mercado; vivo bien, me divierto y salgo con unas titis estupendas. Ahora estoy con Jennifer, veinticinco años, modelo...

SUELVES. ¿Modelo de qué?

ROVIRA. Bueno, un poco de todo, ha hecho sesiones para catálogos de supermercado, también de ropa para almacenes; hace poco la llamaron para un folleto de una cadena de alimentación...

SUELVES. ¿De alimentación?

ROVIRA. Sí, de panaderías... Y ahora la han contactado para un reportaje en la revista *Confidencial*... Con lencería de la campaña de invierno.

SUELVES. ¿Con lencería quieres decir...?

ROVIRA (*riendo*). Ropa interior, hombre, ropa interior.

SUELVES. Ah...

ROVIRA. Y es que, tío, es una bomba, esa chica es una bomba, cuando la conocí en la discoteca nunca pude imaginar... La verdad es que los dos íbamos un poco pasados, nos habíamos metido de todo. Hay costumbres juveniles que no deben dejarse nunca, ya me entiendes, ¿eh? (*Acerca a la nariz el dorso de la mano y hace ademán de aspirar algo, al tiempo que le guiña un ojo a Suelves.*) Pero aquella noche... ¡Dios mío, qué noche! Ni te lo imaginas, Pitagorín.

SUELVES. ¿Por qué me llamas así?

ROVIRA. ¿No te acuerdas? Pitagorín bi-ri-bi-bi-bi, Pitagorín bi-ri-bi-bi-bi (*canturrea*), era lo que te decíamos, nos hacía mucha gracia, por tus notas y por aquel aspecto tan serio que tenías. Lo digo de buen rollo, ¿eh? (*Rovira le da a Suelves un golpecito de camaradería en el brazo, que su interlocutor aparta enseguida.*) Era cosa de niños, sin mala fe.

SUELVES (*con una sonrisa condescendiente*). ¿Ah, sí? Pues fijate tú. No me acuerdo de eso. Para nada.

ROVIRA (*con tono bondadoso y didáctico*). Sí, hombre, Pitagorín, como el de los tebeos, un niño con gafas que lo sabía todo... (*Suelves le escucha impasible.*) Cuando pienso en aquella época, lo que recuerdo con más cariño es aquellas bromas, aquellos apodos divertidos, las risas, el compañerismo, todo lo que compartíamos.

SUELVES (*buscando complicidad*). En lo de la diversión llevas razón. ¡Qué hartones de reír que

nos dábamos! (*Suena su Smartphone.*) Perdona un momento. (*Teclea rápidamente un mensaje, sin dar explicaciones, mientras su antiguo compañero le observa con curiosidad.*)

ROVIRA. Por cierto, ¿estás seguro de que va a venir más gente? Llevamos un rato, y míranos, tú y yo, aquí solos, como si estuviéramos pelando la pava. (*Risas.*) Y aún no me has explicado exactamente en qué consiste esto.

SUELVES. Tranquilo, ya ves que la mesa está preparada, este reservado lo hemos usado en convocatorias anteriores, pronto irán llegando los demás... Ahora justamente acabo de recibir una confirmación.

ROVIRA. Misterioso ¿eh? Siempre lo has sido un poco, Pitagorín. Tranquilo, tío, que no quiero ofenderte, es de buen rollito.

SUELVES. No, no, si me gusta. Eso de Pitagorín es muy ingenioso. ¡Ya me acuerdo de aquel personaje de los tebeos, era gracioso! Pi-ta-go-rín. Resulta sonoro.

ROVIRA (*desconcertado*). Sí, muy sonoro... Decía que lo del misterio siempre te ha ido... Me acuerdo muy bien, montaste con tus amigos aquel grupo como de novela policíaca, os escondíais en un rincón del patio.

SUELVES. ¿Te acuerdas de eso?

ROVIRA. Si, habíais tomado la idea de las novelas de aquel autor, no recuerdo el nombre, siempre he sido muy malo para la literatura.

SUELVES. Era una autora, Enid Blyton, la creadora de las series de los Siete Secretos y los Cinco. Los de mi grupo las devorábamos. Nos encantaban sus tramas de suspense, ambientadas en la campiña inglesa, con las costumbres británicas de aquella época. Los protagonistas de sus obras estudiaban en internados y merendaban cosas como bollos de jengibre.

ROVIRA. ¡Bollos de jengibre! ¡Vaya marcianada!

SUELVES (*con mucha tranquilidad*). Sí, realmente... Hombre, ya sé que estas cosas, un poco sutiles, no eran para ti, tu registro sin duda era... más recio. Pero nosotros, estos detalles, los encontrábamos fascinantes, porque quedaban muy lejanos de nuestra vida diaria. Una vez que iban a venir amigos a casa le pedí a mi madre que nos diera bollos de jengibre para merendar. La pobre se recorrió el barrio entero buscándolos. En todas las pastelerías y panaderías de la zona le dijeron que, eso, ni sabían lo que era. Volvió con unos croissants. Claro, en la Barcelona de principios de la década de los 70 no existían las especialidades gastronómicas que encontrábamos en las novelas de la maravillosa Enid Blyton.

ROVIRA. Yo nunca la leí, la verdad, prefiero cosas más picantes. (*Le da otro golpe en el brazo a Suelves y suelta una carcajada.*) Pero ese club que montasteis, tú siempre fuiste muy creativo, Pitagorín, perdona, Suelves. Bueno, mejor que nos llamemos por el nombre, eso del apellido era cosa del cole. Perdona, Mario. Ese club, ¿cómo se llamaba?

SUELVES. El Club de la Escalera...

ROVIRA. Sí, vuestro Club de la Escalera, y no me digas que no, era sobre todo una estrategia para no jugar al fútbol. Allí fuisteis a parar los menos deportistas de la clase.

SUELVES. Ese grupo ya llevaba un tiempo funcionando cuando apareciste tú por nuestro curso.

ROVIRA. Sí, cuando llegué al territorio de aquellos curas... En mi colegio anterior, que era laico, ya había repetido curso una vez, y no querían verme más por allí. Ofrecieron a mi padre aprobarme todas las asignaturas pendientes a cambio de que me llevara a otro sitio. Y así fue como aterricé en el vuestro, con su aburrimiento clerical, sus sotanas marrones y sus misas con cualquier excusa. ¡Los Padres Beneméritos no debían de tener el listón de entrada muy alto, eso desde luego; de otro modo no me hubieran puesto tan fácil la entrada, con el currículum que traía!

SUELVES. Y ¿tu madre qué decía?

ROVIRA. ¿Mi madre? *(Por un momento Rovira se queda callado y su habitual seguridad desaparece.)* Mi madre... No opinaba de esas cosas... *(Desconcertado.)* No me gusta hablar de mi madre... Pero a lo que iba, aquel club vuestro, y lo digo con todo cariño, era un poco, era un poco...

SUELVES. ¿Un poco qué?

ROVIRA. De nenazas, hombre, de nenazas, erais incapaces no ya de marcar un gol, sino de correr tres metros en el campo sin caer al suelo entre espasmos.

SUELVES *(con atención educadamente irónica)*. ¿Y?

ROVIRA. Pues que en un cole de niños, especialmente en uno como el nuestro de aquella época, había que ser duro, buen deportista, machote... A los que ni siquiera lo intentabais, se os veía mucho el plumero. Y yo no soy machista, chaval, ni mucho menos, soy un hombre de mi tiempo. Pero en aquella época las cosas iban como iban, y lo vuestro era una enorme mariconada.

SUELVES. Tienes razón. En aquellos días hasta los más garrulos y descerebrados, y no lo digo por nadie en especial, si eran buenos futbolistas, se convertían en populares. Pero qué le vamos a hacer, la verdad es que hacer deporte no nos apetecía. Por eso inventamos lo del club, para que se viera que éramos unos cuantos los que íbamos contra corriente. Por cierto, ¿quieres agua? Voy a beber un poco, me muero de sed.

Coge una botella de agua mineral y, dando la espalda a su amigo, vierte algo disimuladamente en un vaso. Luego lo llena con agua y le sirve a Rovira, que bebe. Suelves se lleva su propio vaso a los labios y vuelve a dejarlo sobre la mesa.

ROVIRA. Bueno, yo ya te he explicado lo mío. Ahora dime tú. ¿Qué ha sido de tu vida?

SUELVES. Pues nada que llame mucho la atención. Estudié Derecho y luego entré en un bufete, donde aún sigo, capeando los distintos temporales que van apareciendo. Llevamos asesorías de

pequeñas empresas y también temas de penal, incluyendo los del turno de oficio, a los que nunca he querido renunciar.

ROVIRA. Los que no dan dinero.

SUELVES. No te dan dinero, pero a cambio te permiten conocer a mucha gente interesante. Desde pobres hombres detenidos por errores menores o por pura arbitrariedad policial hasta timadores, ladrones, asesinos... Cuando estábamos en el cole nunca hubiera imaginado que acabaría tratando a gente tan dura como la que he conocido en los juzgados. Creo que incluso a ti, que eres un tipo echado para adelante, te darían miedo.

ROVIRA. ¿Pitagorín con los hampones? Eso sí que es noticia.

Suelves esboza una sonrisa suficiente.

SUELVES. ¿Verdad que sí? Fíjate tú las vueltas que da la vida. Imagínate que más de uno de mis defendidos me ha dicho que si alguna vez necesitaba ayuda para arreglar un «asuntillo» —ya sabes, cosas fáciles y simpáticas como darle un susto a alguien que te molesta, destrozándole el coche o pegándole una paliza—, pues que no dudara en contar con ellos. Gente resolutiva. Muy fuerte, ¿no? Así que, en efecto, llevo muchos casos que no dan dinero, pero te permiten practicar lo que yo creo que es la esencia de la abogacía.

ROVIRA (*inquieto con la explicación de su amigo*). ¡La esencia de la abogacía! (*Efectúa un gesto grandilocuente como si le hiciera una reverencia a su antiguo compañero de colegio.*) Echa el freno, Pitagorín, Mario, rey, que ya sabes que soy de vocabulario limitado. Esas grandes palabras no las entiendo. Yo nunca he sido de libros, mi literatura es la vida y, mira, he conseguido salir adelante.

SUELVES (*socarrón*). Viéndote eso queda muy claro.

ROVIRA. Pero sigue, sigue, compañero, perdona la interrupción. Vamos a lo interesante, ¿qué ha sido de tu vida privada?

SUELVES. También poca cosa. Me casé con una compañera de la facultad, no tuvimos hijos y al cabo de quince años nos separamos. Desde entonces vivo solo.

ROVIRA. ¿Por qué razón os separasteis?

SUELVES (*titubea*). Diferencias de carácter... irreconciliables.

ROVIRA. ¿Quieres decir que se fue con otro?

SUELVES (*con una mueca de escepticismo*). Decidimos darnos libertad mutua.

ROVIRA. ¿Cómo se llama tu ex?

SUELVES. Esther.

ROVIRA. Esther... yo he conocido a varias Estheres en mi vida... De hecho, con una Esther tuve en cierta ocasión una historia muy bonita, aunque algo escabrosa... ¡Hey, seguro que no tiene nada

que ver con la tuya, eso sería imposible!

SUELVES (*molesto*). Desde luego que es imposible.

Rovira parece dar rienda suelta a sus recuerdos, luego se ríe.

ROVIRA. Aunque no sería la primera vez que una chica pasara de uno de la clase a otro, ¿verdad? ¿O no te acuerdas de nuestras andanzas por aquellas fiestas de barrio, los sábados por la tarde, cuando teníamos quince o dieciséis años? (*Le da a Suelves una palmada confanzuda en un brazo.*) Con que Esther, ¿eh? Dios mío.

SUELVES. ¿Qué parte de lo que te he contado te parece divertida?

ROVIRA (*excitado*). «Diferencias irreconciliables» (*enfatiza*), «libertad mutua». Coño, Suelves, ¿en todos estos años aún no has aprendido a ser claro?

SUELVES. Si no recuerdo mal, para ti ser claro representaba sobre todo ser grosero, y si hacía falta, también bestial.

Rovira le mira con cara de pasmo.

ROVIRA. Hey, ralentiza, tío... Me parece apreciar en tu voz un tonillo de resentimiento. ¿Qué insinúas, que yo era un poco bruto? Venga, Suelves, éramos niños, ahora somos adultos, hemos cambiado.

SUELVES (*reflexivo*). ¿Realmente crees que hemos cambiado? Yo me noto cada vez más parecido al niño de catorce años que llevaba mi mismo nombre. Y muchas de las cosas que a él le preocupaban y le dolían, me siguen preocupando y doliendo. A veces pienso que el pasado no existe, que todo lo importante que nos ha ocurrido en la vida, por mucho tiempo que haya pasado, sigue formando parte del presente, porque nos continúa afectando.

ROVIRA. Caramba, ¡qué trascendencia! Pero eso te ocurre porque eras, y por lo que veo sigues siendo, lo digo con todo cariño, un rato cursi y un pichafloja. Y dime, ahora que estás divorciado, ¿cómo te entretienes en tu tiempo libre? ¿Vas a locales para solteros? ¿Buscas plan en las páginas web como singles.com? (*En tono fatuo.*) A mí esas páginas me han ido de coña.

SUELVES (*reticente*). Me temo que lo que yo hago no lo encontrarás en singles.com.

ROVIRA. Explícate, venga...

SUELVES (*con timidez*). Dedico mucho tiempo al trabajo social: a la ayuda a familias inmigrantes y a personas de la tercera edad sin medios. Es una tarea que llevo paralela a la del bufete. Los sábados y domingos estoy en las oficinas de una ONG vinculada a la iglesia atendiendo a gente, asesorándoles en temas de papeleo y repartiendo ropa y comida. También me apunto a visitas a domicilio para hacer compañía a personas mayores que no pueden desplazarse. A esto dedico mi tiempo libre.

ROVIRA (*impresionado*). ¡Caramba! Muy bien, chaval. ¡Todo un ejemplo!

SUELVES (*modesto*). No te creas, cuando Esther se marchó, me di cuenta de que no soportaba pasar solo los fines de semana, así que he intentado llenarlos con todas las actividades que pudiera encontrar.

ROVIRA. Y dime, ¿has encontrado en esos centros alguna feligresa que te alegre esas tardes de domingo? ¿Que te meta la mano por los pantalones?

SUELVES. Ya suponía que al explicarte esto te estaba exigiendo un nivel de perspicacia excesivo.

ROVIRA. ¡Oye, que lo que me cuentas lo entiendo perfectamente! Estás igual que entonces, también en aquella época eras siempre el más responsable.

SUELVES (*con contundencia*). No, siempre no.

ROVIRA. Sí, el más responsable, el más empollón y también bastante meapilas, si me permites la expresión. Los curas te llevaban en bandeja. El padre Tomás, el padre Bartolo y el padre Fermín te adoraban. Eras un santurrón de los buenos. No sé por qué no acabaste metido a cura tú mismo.

SUELVES (*con una semisonrisa*). Quizás porque no soy digno.

ROVIRA. ¿No soy digno? (*Le imita en tono burlón.*) ¿No soy digno? ¡Qué tonterías son esas! Si tú no eras digno, me gustaría saber quién podía serlo. ¿Ves? Esta es una de las razones por las que nunca me fíe de los curas, por toda esa desconfianza hacia uno mismo que alimentaban, esa hipocresía de tener que hacerse siempre el humilde y el que está por debajo del nivel. No, amigo, yo todo eso no me lo creo, desde luego no soy de los que han venido a este mundo a pedir perdón a cada minuto.

Se oyen unos pasos y una puerta que se abre. Entra en escena Dafnis, una mujer delgada y atractiva, cuarentona, algo misteriosa, vestida con un toque bohemio, cargando con un gran bolso. Coincidiendo con su aparición, las luces del escenario suben y bajan bruscamente hasta recuperar su intensidad normal. Se dirige a Suelves y le besa.

DAFNIS. Hola, Mario, perdonad el retraso, no encontraba taxi... ¿Has recibido el mensaje, verdad?

ROVIRA (*entre divertido e intrigado*). A ver, yo cada vez entiendo menos. ¿No me habías convocado para una reunión de antiguos alumnos? (*Dirigiéndose a Suelves.*) Para empezar es una reunión de antiguos alumnos muy tardones. Y, además, en nuestra clase éramos todos tíos. Así que ¿quién demonios es esta?

SUELVES. Rovira, te presento a Dafnis. Dafnis, este es Manuel Rovira.

ROVIRA (*con una mueca de extrañeza*). ¿Dafnis?

Rovira va a besarla, pero Dafnis le extiende, muy protocolaria, la mano.

ROVIRA. Vaya, una chica formal, qué suerte. Pues mira, yo soy todo lo contrario, un chico informal, ¿verdad, Mario? Igual por eso nos hemos encontrado.

Le estrecha la mano y se estremece. Dafnis sonríe.

ROVIRA. Demonios, me has pasado la corriente, y era fuerte, tu taxi debía de ir cargado de electricidad estática.

DAFNIS. Perdona, es algo que me ocurre a veces.

SUELVES. Dafnis ha venido en representación de su hermano, que no ha podido acudir.

ROVIRA. ¿Su hermano? ¿Quién es?

DAFNIS (*seca*). Juan Suau.

ROVIRA (*entre risas*). ¡Hombre, el gran Suau! Pues claro, cuánto tiempo desde entonces, pero lo recuerdo perfectamente: pequeñito, con dientes de conejo y cara de no haber roto un plato en su vida, le llamábamos... ¿Te acuerdas, Mario?

SUELVES. Quieres decir que *tú* le llamabas.

DAFNIS. Le llamabas Guau...

ROVIRA (*algo sorprendido*). Sí, era gracioso, ¿no? Suau-Guau, ¡qué coincidencia de sonidos!

DAFNIS. A mí me parece ramplona y muy obvia. Pero ibas un poco más allá, le llamabas Guau «el perro», ¿verdad?

ROVIRA (*ahora ya totalmente cortado*). Bueno, solo algunas veces, éramos niños, a todos nos parecía divertido. ¡Él mismo era el primero en reírse!

SUELVES. No estoy yo muy seguro de eso. Más bien creo que le molestaba bastante. «Perro» no es un apodo demasiado cariñoso. Me gusta más Pitagorín.

ROVIRA. Pues bien que me seguíais la broma todos los de la clase. ¿O ya no te acuerdas de aquellos viajes de vuelta de alguna excursión, con toda la clase cantando «Suau Guau, eres un matau»?

DAFNIS. ¿Un matau?

SUELVES. Un matao, un matado, lo que hoy llaman un pringado.

ROVIRA (*ansioso por cambiar de conversación*). Oye, Dafnis, ¿tú a qué te dedicas?

DAFNIS. Soy médium.

ROVIRA (*con extrañeza*). ¿Médium?

DAFNIS. Sí, me dedico a poner en contacto a ciertas personas que lo desean mucho con seres amados que ya han fallecido.

ROVIRA. Claro, claro, médium, ya entiendo, veo la tele. Una brujita, vaya. Y ¿con eso consigues ganarte la vida?

DAFNIS. Modestamente, pero lo consigo.

ROVIRA. Te felicito, qué crédula es la gente. Hasta yo sería capaz de poner en contacto a según quién con sus seres queridos, aunque seguro que se arrepentirían de volver a verlos y saldrían corriendo aterrorizados. ¡Con lo bien que va tener a cierta gente bien lejos! ¡Con lo que ha costado en tantos casos sacárselos de encima! Y dime, ¿cómo decidiste montar tu chiringuito de la brujería? ¿Te visitaban los fantasmas?

DAFNIS. Verás, desde niña fui una persona muy sensible y pronto percibí que tenía... poderes.

ROVIRA. ¿Levitabas? ¿Movías objetos con la mente?

DAFNIS. Tú mismo has percibido al darnos la mano una corriente eléctrica, ¿cierto?

ROVIRA (*inquieto*). Claro, ya te lo he dicho.

DAFNIS. Pues cosas así.

ROVIRA. ¿Qué tiene de especial la electricidad estática?

DAFNIS. Es un fenómeno de los meses fríos, cuando el aire es seco. ¿La habías experimentado alguna vez en primavera?

ROVIRA. Me estás tomando el pelo. Y ¿qué más habilidades tienes?

DAFNIS. También puedo hacer un poco de magia recreativa.

ROVIRA. ¡Qué joya de mujer! A ver, demuéstalo.

DAFNIS. ¿Tienes tu móvil a mano? Déjame un momento.

Rovira le entrega su teléfono. Dafnis da muy lentamente una vuelta por el escenario acariciando el teclado hasta que se planta de nuevo frente a Rovira y se lo devuelve.

DAFNIS. Ahora guárdalo en el bolsillo.

Rovira le obedece. Ella extrae del bolso su propio teléfono.

DAFNIS. ¿Lo tienes bien cogido? ¿En tu mano?

ROVIRA. Sí.

DAFNIS. Agárralo fuerte y dime tu número.

ROVIRA. Seis siete dos ocho nueve cinco seis tres dos.

DAFNIS (*marca en el suyo*). Te estoy llamando, ¿lo notas?

ROVIRA. No suena.

Se escucha un sonido de móvil en la mesa de las bebidas.

DAFNIS. Mario, ¿puedes mirar qué hay allí?

Suelves va hasta la mesa y, de entre las botellas, recoge un móvil.

SUELVES (*a Rovira*). ¿Es el tuyo?

ROVIRA. Vaya... sí. ¡Caramba, brujita!

DAFNIS. ¿Puedes mirar qué tienes en la mano?

ROVIRA. Claro... (*Saca la mano del bolsillo, la abre, se estremece y da un salto lanzando al aire su contenido.*) ¡Joder! ¡Un cagarro! ¡Tía, eres una cerda de primera!

Dafnis y Suelves ríen.

SUELVES. No te enfades, hombre, ¿dónde está tu sentido del humor?

DAFNIS (*contemporizadora*). Tranquilo, no te has ensuciado, verás que es de plástico.

ROVIRA (*muy huraño*). ¿Qué más prodigios nos esperan? ¿También lees el porvenir?

DAFNIS (*tímida*). Puedo hacerlo...

ROVIRA (*dubitativo*). ¿Ves el mío?

DAFNIS. Ahora mismo veo con mucha más claridad ciertos aspectos de tu pasado que tu futuro.

ROVIRA. ¿Ah, sí? ¿Como qué?

DAFNIS. ¿Te acuerdas del *Cuento de Navidad*?

ROVIRA. ¿Qué cuento es ese?

SUELVES. Te refieres a la famosa novela de Dickens, de la que han hecho varias películas, ¿no, Dafnis?

ROVIRA (*despectivo*). Ya empezamos, ¡cuánta cultura!

DAFNIS. Exacto. ¿Tú recuerdas, Mario, lo que le enseñaba el espíritu al avaro Scrooge en aquella historia?

SUELVES. Le mostraba tres fantasmas: el fantasma de las Navidades pasadas, el de las Navidades presentes y el de las Navidades futuras. Y esos tres fantasmas le enseñaban al viejo mezquino a reflexionar sobre sus errores del pasado, y a corregirlos mientras aún estaba a tiempo.

DAFNIS. ¡Muy bien! Os propongo que hagamos algo parecido ahora, convocaremos tres presencias, aunque serán las tres del pasado. ¿Estás de acuerdo?

ROVIRA (*cáustico*). ¿Por qué no? ¿Vas a hacernos viajar por el tiempo?

DAFNIS. Algo así.

Dafnis señala una esquina del salón del comedor y chasquea los dedos. De un rail en el techo baja una pantalla, de las que se utilizan para proyectar power points en las reuniones de negocios y audiovisuales en los cumpleaños. Con un segundo chasquido aparece una imagen en la pantalla. Se trata de un muchacho de veintipocos años, moreno, con ojeras. La imagen no resulta demasiado nítida, y de vez en cuando se nubla con lo que parecen unas interferencias.

DAFNIS (*a Rovira*). ¿Le reconoces?

ROVIRA. Claro, es Agustín Mata, debe de ser una grabación de algunos años después de que acabáramos el cole, aunque cambiada de formato, porque entonces aún no había vídeo.

DAFNIS. No es exactamente una grabación, ¿verdad Agustín?

MATA. Hola.

DAFNIS. ¿Tienes algo que contarnos?

MATA (*con naturalidad*). ¿Cómo estáis? Anda, si veo a Suelves... y a Rovira.

ROVIRA. ¿Qué nuevo truco es este?

DAFNIS. Verás, Agustín, estábamos aquí reunidos y hablábamos de vuestros años en el cole. ¿Cómo recuerdas los tuyos?

MATA. Pues al principio normales, aunque era un colegio duro. Los curas no tenían manías a la hora de recurrir al castigo físico. ¿Te acuerdas, Mario?

SUELVES (*que no parece demasiado sorprendido*). Claro que me acuerdo. El padre Bolillas y su hermanita la regla, si te equivocabas en clase de geografía, te hacía poner la mano con la palma abierta, cogía una regla de madera larguísima y te atizaba con ella.

ROVIRA (*alarmado*). ¡Estáis hablando con la pantalla! ¿Cómo podéis hacerlo? Espera, déjame que piense un momento... ¡O bien nosotros también estamos siendo grabados, y él lo ve desde otro lugar y nos responde, o bien le habéis pregrabado y luego habéis memorizado sus pausas para intercalar vuestras intervenciones!

DAFNIS. Es todo mucho más fácil que eso. Por cierto, ¿quién era el padre Bolillas?

SUELVES. Le llamábamos así porque durante la clase se hurgaba continuamente la nariz. Luego alineaba cuidadosamente las bolillas de moco duro que extraía en la mesa, y las disparaba hacia la clase. Los alumnos teníamos que movernos rápido para esquivarlas.

DAFNIS. ¡Qué repugnante!

SUELVES. Pero no era el único de nuestros profesores que nos atizaba, ¿verdad, Agustín?

MATA. Hombre, claro que no. Me acuerdo del padre José Mari y su estiramiento de patillas, te cogía por ellas y te estiraba hacia arriba hasta que te tenía prácticamente de puntillas. Y también recuerdo muy bien al padre Benito y sus clases de literatura; cuando había mucho follón empezaba a amenazar a gritos: «¡Que saco el cinto, que saco el cinto!», y al final lo agarraba, un cinturón con una inmensa hebilla. Y se ponía a repartir zurriagazos por la clase...

DAFNIS. Qué brutos, ¿no? ¿Cómo es que nadie les denunciaba?

SUELVES. En aquella época el castigo físico se aplicaba con relativa normalidad en muchas escuelas. Los curas de nuestro colegio eran gente dura, la mayoría venían del norte de España, casi todos de extracción rural. En sus propios hogares habían vivido como lo más normal del mundo que, si un niño se portaba mal, había que darle una buena bofetada.

DAFNIS. Y ¿no os quejabais a vuestros padres?

ROVIRA. Quejarse era de niñas y de acusicas. Estaba totalmente descartado.

SUELVES. Francamente ni recuerdo haberme quejado, tal vez lo mencioné alguna vez en casa, pero posiblemente no le dieron mucha importancia. Sí recuerdo que mi padre me había explicado que a él, durante la Guerra Civil, le enviaron interno a un colegio religioso de Navarra. Decía que cuando salían de bañarse en la alberca, los curas les esperaban con cañas y les daban en las piernas para que espabilasen. Al lado de esto, algún golpe de regla o un estiramiento de patillas parecía cosa menor.

MATA. Yo a mi madre nunca me quejé de nada que me pasara en el cole porque era consciente del esfuerzo que estaba haciendo para enviarme allí, solo faltaba que le fuera con protestas. Con el castigo físico ocurría en aquellos años que pasabas a considerarlo algo normal, estaba presente y se aplicaba, y simplemente tenías que hacer todo lo posible para que no te tocara a ti. Además, a su manera, respondía a unas reglas de justicia. Si te portabas bien y te sabías las preguntas en clase, era raro que recibieras un bofetón.

SUELVES. Todo eso tuvo su época, los Padres Beneméritos nos pegaban hasta que tuvimos doce o trece años, luego dejaron de hacerlo o lo convirtieron en algo muy ocasional. Fue un cambio muy rápido, en un curso nos estaban atizando y al siguiente dejaron de hacerlo, sin que mediaran explicaciones.

DAFNIS. Y eso ¿por qué?

SUELVES. Es algo que me he preguntado muchas veces y para lo que no tengo respuesta. Me da la impresión de que a principios de los años setenta la vida en estas órdenes dedicadas a la enseñanza cambió mucho, tal vez por la difusión de las enseñanzas del Concilio Vaticano II o por el cambio de costumbres que se estaba viviendo en España. La era del autoritarismo había pasado, y ciertos modos y costumbres se suavizaron. La Iglesia cambiaba, España cambiaba, los colegios cambiaban...

DAFNIS. Incluso los Padres Beneméritos de Sarriá...

SUELVES. Sí. Supongo, además, que tampoco es lo mismo arrearle a un niño que a un adolescente con granos, más alto que tú. Por lo que fuera, los curas dejaron de pegarnos... Y a cambio, en nuestra clase apareció Rovira.

ROVIRA. ¡Oye, capullo, no compares!

MATA. Lo recuerdo bien, eras un repetidor, mayor que nosotros, muy peleón. Enseguida te hiciste el amo.

ROVIRA. Hay que decir que me lo pusisteis muy fácil.

MATA. Tenías un ingenio afilado y la lengua muy larga, y eras especialista en encontrarle los puntos débiles a todo el mundo. Empezaste a poner apodosos despectivos...

ROVIRA. ¡No eran despectivos, sino graciosos!

MATA. Resultaba difícil plantarte cara porque en las réplicas eras muy rápido.

SUELVES. Es verdad que pocos le desafiaban, por su lengua y por sus puños. Era más fuerte que nosotros...

ROVIRA. Que erais unos flojuchos...

SUELVES. Y, además, enseguida reclutó a un par de admiradores, les llamábamos Hernández y Fernández, como los policías de Tintín...

ROVIRA (*a Dafnis*). ¿Ves? Yo no era el único en poner apodos.

SUELVES. Llevaba consigo a Hernández y Fernández y si alguien se encaraba con él, y la cosa acababa a bofetadas, cuando Rovira no podía solo con el atrevido, sus ayudantes culminaban la tarea.

ROVIRA (*enfadado*). ¡Eso es mentira! ¡No les necesitaba para nada! Yo solo podía de sobras con cualquiera de vosotros. Primero, porque tenía más mala leche que cualquiera. Y segundo, porque estabais cagados conmigo...

SUELVES. Aunque hubo gente que sí se te encaró. Algunos de los mayores de la clase, generalmente repetidores como tú, que cuando se hartaron de tus bromas les pusieron fin por lo que a ellos tocaba. Me acuerdo de Esteban Paraguay, que era un armario de tío. A la quinta vez que le cantaste aquello de «Al Paraguay-guay yo me voy-voy», te llevó a un rincón, te agarró por el cuello y te dijo que como volvieras a meterte con él te llenaba la cara de hostias...

ROVIRA (*irónico*). Aquel Paraguay era una auténtica mula, a los catorce años ya medía metro ochenta y cinco. Pero tú, Pitagorín, no fuiste precisamente de los que me plantaron cara.

SUELVES (*avergonzado*). No. Nunca me atreví. Te dejé hacer...

DAFNIS. Y ¿ese Paraguay, no protegía a sus compañeros?

MATA. Que yo recuerde, solo se protegía a sí mismo. Y, además, Rovira la había cogido sobre todo con los miembros del Club de la Escalera, que ya hacíamos rancho aparte y a quienes el resto de la clase ya nos tenía por un poco raros...

DAFNIS. ¿Qué era ese club?

SUELVES. Un pequeño grupo de alumnos que evitábamos jugar al fútbol en los recreos y nos reuníamos debajo de la escalera del patio central para hablar de otras cosas: de nuestros problemas, de nuestras lecturas —porque nos gustaba leer—, de los programas de televisión entonces de moda, como *Los Intocables*, *Los Invasores* o *Belphegor el Fantasma del Louvre*. Algunos tenían permiso paterno para verlos y a otros, como a mí, nos los contaban nuestras madres. A veces representábamos pequeñas obras de teatro a partir de los argumentos de estas series o de algún libro.

ROVIRA (*con desprecio*). Sí, erais asquerosamente creativos y *sensibles*.

MATA. Pero conmigo no te metías por eso.

ROVIRA (*haciéndose el tonto*). ¿Ah, no?

MATA. Te metías conmigo porque era hijo de una portera.

ROVIRA (*irritado*). Oye, Mata, no te inventes.

MATA. Mi madre era viuda y se mataba trabajando en aquella portería de la calle Muntaner. Yo era hijo único y contaba con una beca de estudios de los curas. A cambio, los sábados por la tarde íbamos ella y yo al colegio a ayudarles en cuestiones de mantenimiento. De alguna manera te enteraste de todo esto. Lo de que viviéramos en una portería te parecía muy gracioso, decías que dormíamos en la bañera porque, si dábamos un paso fuera del cuarto de baño, ya estábamos en la calle. También me llamabas «la huerfanita». Luego decidiste que mi madre era portera, pero de una casa de putas, y pasaste a llamarme «el proxeneta».

DAFNIS. Qué cosa más absurda, ¿no? ¿Por qué relacionabas una cosa con otra?

ROVIRA (*avergonzado*). Eran cosas de chicos... No había mala intención.

MATA. Cogiste la costumbre, al entrar en clase, de darme una colleja y, de repente, todos te imitaron. ¡Medio curso me daba collejas sin venir a cuento, como si tal cosa!

ROVIRA. ¡Pues haber devuelto un puñetazo al que se atreviera, que es lo que hubiera hecho yo!

MATA. No me atrevía.

DAFNIS. ¿Cómo te afectó todo esto?

SUELVES. Agustín Mata, que aunque era un chico sensible siempre había sido abierto, se fue cerrando en sí mismo. Al final casi no hablaba con nadie, al acabar las clases se iba corriendo a casa.

DAFNIS. Y los del Club de la Escalera ¿qué hicisteis para ayudarle?

SUELVES. Nada. No fuimos capaces.

MATA. Bueno, eso no es cierto. Conmigo siempre estuvisteis cariñosos. Hablábamos, y me sentía acompañado. Pero simplemente yo había cogido un miedo atroz a todo.

ROVIRA. No te atormentes, Pitagorín. La verdad es que una vez viniste a verme para que dejara de meterme con Mata. Te dije que a partir de aquel momento te cogería a ti como objetivo y te envié a tomar viento. Y luego seguí dando collejas a tu amigo.

SUELVES (*como embobado*). No lo recordaba. Siempre me he culpado por no haber sido más activo entonces.

DAFNIS. ¿Cómo evolucionaron las cosas?

MATA. Yo, que había sido un buen estudiante, empecé a suspenderlo todo. Mi madre se inquietó, no sabía lo que le pasaba.

DAFNIS. Y ¿tu padre?

MATA. En mi casa no había padre. Aguanté así un curso y medio y al final, en vista del desastre académico, mi madre me sacó del colegio y me llevó a un instituto. Allí me encontré con gente más de mi ambiente social y, aunque la relación entre los compañeros también era dura, nadie se metía especialmente conmigo. Acabé el bachillerato con notas correctas y luego enseguida me puse a trabajar en una lampistería con gente del barrio. No me fue mal.

ROVIRA (*a Dafnis y Suelves*). ¿Veis? Tampoco resultó tan traumático para él; pasó un par de años un poco puteado, que es una medicina que siempre curte, y luego a vivir.

SUELVES. ¿Que no fue traumático? ¡Conseguiste expulsarle del colegio! ¡A un chaval sin medios económicos! ¿Te parece justo eso?

ROVIRA. Tranquilo, Pitagorín, tranquilo. Y ahora, respecto a este carnaval que habéis montado aquí, tenéis que explicarme una cosa. ¿No se suponía que estábamos hablando con espíritus? ¿Qué tiene de espíritu este individuo, o mejor dicho, esta imagen?

DAFNIS. Explícaselo, Agustín.

MATA. Fue un accidente terrible. A principios de los años ochenta yo estaba pasando un par de semanas en un camping, con una novia que tenía por aquel entonces. Un camión cargado de gas derrapó en una curva y volcó. Toda la zona donde estábamos acampados saltó por los aires, llenándose de fuego.

DAFNIS. La imagen que estás viendo refleja la edad que tenía Agustín cuando ocurrió aquello.

ROVIRA. ¿Estás de broma?

MATA. No es una broma. Y por eso tengo que dejaros ahora. Pero antes... ¿puedes darte la vuelta un momento?

Rovira le obedece. La mano abierta de Mata se mueve en el aire y Rovira mueve cabeza y rostro como si le hubieran golpeado.

ROVIRA. ¡Joder! ¡Me ha dado una colleja!

La imagen de la pantalla se vuelve borrosa primero y finalmente desaparece.

ROVIRA (*frotándose la zona golpeada*). ¡Vaya con el fantasma! ¡Será cabrito!... Solo le ha faltado echarme la culpa a mí por lo del camping.

SUELVES. Eres incorregible. Te explica lo que te explica y tú te quedas tan fresco.

ROVIRA (*muy irritado*). Lo que yo he entendido es lo siguiente: me haces venir aquí, a un supuesto encuentro de antiguos alumnos en la que aún no ha comparecido nadie, y me montas un proceso con notas de espiritismo para demostrar lo malo que fui. En realidad, lo único que he registrado es algo que ya sabía, lo poquita cosa que erais vosotros y lo mucho que yo os importaba, entonces y ahora, como para que treinta y cinco años después sigáis obsesionados conmigo. Así que estoy por irme a casa ya mismo.

SUELVES (*conciliador*). Tranquilo, hombre, tranquilo, vas a estar entre amigos.

DAFNIS. Sí, bajemos un poco el tono.

ROVIRA. ¿Hay más comparencias?

DAFNIS. Ya te dije que eran tres. Vamos con el segundo.

ROVIRA. Si es como el anterior, yo casi me lo ahorraría.

SUELVES. Un poco de paciencia.

Dafnis dirige un dedo a la pantalla. Aparece la imagen de Héctor Conde.

ROVIRA. Anda, vaya otro.

SUELVES. Es Héctor Conde. ¿Cómo te va, Héctor?

CONDE. Pues... no va mal, estoy tranquilo.

SUELVES. Más que en el cole, ¿verdad?

CONDE. Sí, aquellos años los pasé mal. Veo que está aquí Rovira. Pensé que nunca más volvería a saber de él.

SUELVES. ¿Le tenías miedo, verdad?

CONDE. ¡Calcula! No paró de meterse conmigo.

SUELVES. ¿Te acuerdas de cómo te llamaba?

CONDE. Eeeeh... Eeeeh...

ROVIRA. ¡Claro que se acuerda! Le llamaba mariconde. Y todos le cantábamos «mariconde, mariconde...».

SUELVES. Yo nunca canté eso.

DAFNIS. ¿Por qué le pusiste ese apodo?

ROVIRA. Por sus andares, por su amaneramiento, porque era un flojo... Porque no se atrevía a seguirnos en las actividades para tíos a la salida del cole, como fumar, que estaba prohibido, o ir a robar a la granja de la calle Mayor de Sarriá.

DAFNIS. ¿Ibais a robar a la granja? ¿Tú también, Mario?

SUELVES. Era una especie de rito de iniciación, había que llevarse algo, un caramelo o alguna pasta. Se trataba de demostrar de qué éramos capaces. A uno de la clase una vez le cogieron, y el dueño de la granja le montó un escándalo, fue a protestar al cole y por poco le expulsan.

CONDE. Otras veces Rovira y su grupito me agarraban en el patio, me hacían un cerco y me iban empujando de uno a otro. Y repetían: «¿A que te gusta que te toquemos?, ¿a que te gusta que te toquemos?».

SUELVES. Me acuerdo de que también, en cierta ocasión, en el gimnasio, te cambiaron el pantalón por unas falditas que habían robado no sé dónde. Cuando te fuiste a cambiar se montó una escandalera, tú te pusiste a llorar y el profesor de gimnasia no entendía nada. Quiso castigarte hasta que le convencimos de que era una broma de mal gusto que alguien te había hecho.

DAFNIS. ¿Alguien? ¿Alguien sin concretar más?

SUELVES. Imperaba la ley del silencio, no se podía dar el chivatazo sobre un compañero. Nadie se hubiera atrevido.

DAFNIS. Y tú, Héctor, ¿cómo vivías este acoso al que te sometían Rovira y los suyos?

ROVIRA. Acoso, acoso... ¡No exageremos!

SUELVES. A lo que hacías entonces, Rovira, hoy se le llama acoso escolar o *bullying* y está penalizado. Practicarlo implica la apertura de un expediente escolar y, muy fácilmente, la expulsión del centro docente. Tú te libraste de cualquier represalia. Hoy el acoso escolar se amplía a través del móvil, Facebook, Gossip y las redes sociales. ¡Entonces todo esto no existía, las cosas se hacían en directo y a lo bruto! Pero no por ello eran menos dañinas.

ROVIRA. Ojalá me hubieran expulsado a mí de los Padres Beneméritos, tal vez hubiera ido a parar a un centro menos cursi. Pero aquellos curas de cabeza dura no eran como los educadores actuales, que por lo que explicáis son unos exagerados de tomo y lomo.

CONDE. Me preguntas cómo llevé este acoso. La verdad es que con mucha angustia. Me notaba tremendamente inquieto y a veces me faltaba el aire, pensaba que iba a morir ahogado. Los fines de semana me quedaba en mi cuarto, a oscuras. En casa me preguntaban qué ocurría, pero yo no estaba dispuesto a decirle a mi padre que en el cole me perseguían por afeminado. Aguanté como pude y así acabé el bachillerato, pero no me saqué la angustia de encima. Cuando estudiaba la carrera una noche pensé que me estaba dando un ataque al corazón. Mis padres me llevaron a urgencias del Clínico, y allí me dijeron que lo que tenía era una crisis de ansiedad. A partir de aquel momento empecé a ir a un psicólogo y tomar ansiolíticos.

ROVIRA. Qué teatral has sido siempre, Mariconde.

CONDE. Con los años me recuperé y pude hacer vida normal. Acabé la carrera, me puse a trabajar, me casé y tuve dos hijos.

ROVIRA. ¿Tú, casado y con dos hijos? ¡Debió de ser cuando aprobaron el matrimonio gay!

CONDE. Eso ya no lo llegué a ver. Cuando tenía treinta y dos años sufrí una leucemia que acabó conmigo en unos meses. Esta es mi historia.

La imagen se difumina y Conde sale de la pantalla, que se apaga.

ROVIRA. A mí no me engaña, este tío ha sido de la acera de enfrente desde que salió del vientre de su madre, fijo.

SUELVES. Y ¿por eso tenías que torturarlo? ¿Porque sospechabas que vivía una sexualidad diferente? ¿Estás seguro de que tenías lo bastante controlada la tuya?

ROVIRA. Oye, Pitagorín... ¿Qué insinúas?

DAFNIS. No sé, yo te veo un poco... femenino, con tanto bronceado y tanto teñido...

ROVIRA. Tú, brujita, estate por lo tuyo, que tanta abstinencia como llevas encima seguro que no es sana. Y tú, Suelves, me has clavado un gran rollo sobre esta historia del *bullying* sin haber entendido lo fundamental, señor abogado. Para que un grupo funcione ha de existir liderazgo y

comunidad de intereses. ¿Lo sabías? Yo lo aprendí en un máster de negocios que hice. Y ¿qué quiere decir eso? Pues que los raros tienen, o bien que adaptarse, o bien que pringar. Y los líderes somos los llamados a ponerlos a raya.

SUELVES. ¿Así que tú te ves a ti mismo como un líder? ¡Esta sí que es buena!

ROVIRA (*digno*). En nuestra clase, yo era el que llevaba la batuta, todo el mundo me hacía caso, y os tenía perfectamente controlados. Si además de estos dos que habéis hecho aparecer, y que eran los más desgraciados, preguntáis al resto de los compañeros, que también se reían de ellos, os confirmarán que mis bromas les ayudaron a no morir de aburrimiento en aquellos años de bachillerato inacabables. Así que dime, si no era un líder, ¿qué era yo entonces en aquella clase de los Padres Beneméritos?

SUELVES. ¿Te suena el término «presencia luciferina»? ¿Cómo va a ser líder alguien como tú que lo suspendía todo? Los líderes son aquellos que proponen al grupo virtudes en que inspirarse, y formas de abordar los problemas que resulten operativos y satisfactorios. Tú lo único que proponías era un modelo de ignorancia y de bravuconería, acompañado, eso sí, de una gran delectación en machacar al débil. Si alguna vez fuiste un líder, fue de matones.

ROVIRA (*cachondeándose abiertamente*). Perdona, profesor, ¿qué quiere decir «delectación»?

SUELVES. ¿Entenderías mejor la palabra «sadismo»?

ROVIRA. Líder es lo que te hubiera gustado ser a ti, con tus sobresalientes y tus grandes principios, tan rancios. No hay más que verte hoy día con ese aspecto tan amuermado que tienes. Pero no podías ser líder por una simple razón, y es que nadie te hacía caso, excepto los bobos de tus amigos. ¿Sabes por qué? Porque nunca mostraste lo único que importa en esta vida, que es un par de huevos. Algo que tienes o que no tienes, esa es la cuestión. Y ¿sabes qué diría la gente hoy de vosotros y de vuestro Club de la Escalera? Que erais unos *frikis*, tío, unos *frikis* como una catedral. Por cierto que a vuestro Club de la Escalera podíais haberle llamado la maldición de Tutankamón, pues ya hemos visto a dos de vuestros simpatizantes que palmaron jóvenes.

DAFNIS. Vamos a por la última aparición.

ROVIRA (*exaltado*). No, nena, yo me largo. No entiendo nada de lo que está pasando aquí y no me gusta. Lo único que veo claro es que el objetivo soy yo, de modo que a partir de ahora mejor os las arregláis sin mí. (*Empieza a moverse hacia la puerta.*)

SUELVES (*con una extraña autoridad que produce un efecto inmediato, pone una mano en el hombro de Rovira*). Aguanta solo un rato más, no lo lamentarás.

Rovira asiente y se queda quieto, como paralizado. Dafnis señala la pantalla del restaurante y hace un chasquido de dedos. Aparece en la imagen Juan Suau, con veintipocos años. Cara muy demacrada, ojos hundidos y en la boca faltan algunos dientes.

DAFNIS. Hola, Juan, cariño, ¿cómo estás?

SUAU (*habla lentamente, arrastrando las palabras, con un tono entre ingenuo y lunático, muy infantiloides, revelando un funcionamiento mental embotado*). Hola, Dafnis, aquí el tiempo pasa muy lento. ¿Quién está contigo?

DAFNIS. Pues mira, está Mario Suelves...

SUAU (*como saliendo de una modorra*). Hola, Mario, qué buenos recuerdos me trae verte, ¿cómo te va todo?

SUELVES. Pues voy aguantando, querido Juan, voy aguantando.

DAFNIS. Y tenemos también aquí a Manuel Rovira.

SUAU (*con cara de asco y disgusto indescriptible*). ¿Rovira? ¿Para qué me lo traéis?

DAFNIS. Pues verás, Mario ha convocado una cena de antiguos alumnos de los Padres Beneméritos y, antes de que lleguen, me ha pedido que le ayude a recordarle a Rovira algunos aspectos de aquellos años.

ROVIRA (*a Suelves*). ¿Cómo que «antes de que lleguen»? ¿Qué es esto entonces? ¿Un entreno? ¿El aperitivo? ¿Pues vaya aperitivo me estás dando! ¿Para qué demonios me has citado a las ocho y media?

SUELVES (*con sonrisa angélica*). Bueno, debo confesarte que te engañé un poco. Con los demás he quedado un rato más tarde.

SUAU. Rovira me pone nervioso, Dafnis, por favor, desconéctame.

ROVIRA (*sin tomarse demasiado en serio la situación*). Oye, Suau, no te pases, que una cosa es que no te alegres de verme, y otra que prefieras volver a los infiernos a compartir un rato conmigo.

SUAU. En el infierno me metiste tú.

SUELVES. Explícanos por qué dices eso.

DAFNIS. Te ayudaré, Juan. (*A Suelves.*) A mi hermano le cuesta un poco expresarse. (*A Suau.*) Si hay algo con lo que no estás de acuerdo, me corriges. Juan era el único chico en una familia con cinco hermanas. Era el pequeño y todas le mimábamos mucho. En sus primeros años asistió al parvulario de la esquina de casa, regentado por unas profesoras mayores que le llevaban entre algodones. Cuando acabó, mi madre quería inscribirlo en alguna escuela que también estuviera cerca para que pudiera venir a comer a casa, pero mi padre insistió en que era mejor un colegio de curas de la parte alta de la ciudad, y a media pensión, para que saliera de ese universo de mujeres, decía, y así fortalecer su carácter. El cambio fue tremendo para él, al pasar a aquel colegio de brutos, aunque durante unos años pudo sobrellevarlo. Pero era un chico tímido que se movía mucho mejor en *petit comité* que en grandes aglomeraciones, y en todo momento necesitaba sentirse acogido y aceptado.

SUELVES. Era muy majo. Fue de los que enseguida se apuntó al Club de la Escalera.

DAFNIS. Pero cuando, en tercero de Bachillerato, apareció Rovira por clase, empezó la penitencia de Juan. Fue cuando empezó a hacer el juego de palabras. «Suau-Guau». Y a llamarle perro.

ROVIRA (*displicente*). Bah...

SUAU (*arrastrando las palabras*). Sí, Rovira, lo hiciste, eso fue muy cruel.

DAFNIS. Además, cuando supiste que nuestro padre trabajaba en un banco, decidiste que en realidad su trabajo era de prestamista. Y te inventaste otra bonita canción para el patio y para el autobús del cole.

ROVIRA. No la recuerdo.

SUELVES. ¿Ah, no? A ver si te suena: «Judío, judío, tu padre es un judío».

DAFNIS. Así que ya no solo era un perro, era además un perro judío.

SUELVES. Me gustaría saber qué tenías contra los judíos.

ROVIRA. ¡Oye, que no hay para tanto! Yo no soy racista, en mi concesionario he atendido muchas veces a clientes judíos y de las razas más raras que os podáis imaginar. Os recuerdo que todo esto pasaba en época de Franco, con dictadura, censura y lo que quieras, y el propio Generalísimo día sí, día también, arremetía contra la conspiración judeo-masónica. A Suau le llamábamos perro judío como podíamos haberle llamado perro masón. Era un latiguillo de aquella época, sin segunda intención.

SUELVES. Pero siempre un perro, ¿verdad?

ROVIRA. ¡Sí, siempre un perro, y con mucho éxito, porque aquellas cancioncitas las cantaba toda la clase!

SUAU. Fuiste muy malvado, Rovira.

DAFNIS. Lo que ocurrió es que, en vez de encerrarse en sí mismo y esperar que pasara la tormenta, aunque fuera a un alto precio, como Héctor Conde, o de tener la beneficiosa, aunque injusta, oportunidad de ser trasladado a otro centro educativo, como Agustín Mata, mi hermano Juan, que no soportaba aquella situación de desgaste permanente, eligió un tercer camino, que le acabaría resultando muchísimo más perjudicial.

ROVIRA. Lo de más perjudicial lo dirás tú. Guau vino a verme un día y me dijo que no me metiera más con él, que no lo soportaba. «¿Ah, no? —le dije—. Y ¿qué ofreces a cambio?».

SUELVES. Lo que le ofreció fue ponerse a su servicio, ingresar en el cogollito de sus adictos y sus pelotas, que no escaseaban. Hoy lo llamaríamos un claro «síndrome de Estocolmo». Víctima de una agresión que le desbordaba, Juan Suau decidió ponerse del lado de su agresor.

ROVIRA. Y ¡bien que nos lo agradeció! Porque con nosotros descubrió la vida. Le llevamos a ligar a las discotecas de tarde del barrio, aunque es verdad que no se comía un rosco; ¿verdad, perro?

SUAU. Ya no me llames así, Rovira, eso duele.

ROVIRA. Le enseñamos a espabilarse, a colarse en los cines y a distraer cosas en El Corte

Inglés...

SUAU. Pero me pillaron.

DAFNIS. Un día llamaron a mi padre de los almacenes para decir que tenían a Juan retenido, que le habían cogido intentando llevarse sin pagar unos *casetes* de música. Lo atrapó un agente de seguridad, aún no había detectores electrónicos. Para mi padre, que era un hombre muy recto, aquello fue tremendo. Los de El Corte Inglés se portaron bien, esperaron a que papá fuera a buscarlo y les echaron a los dos una reprimenda severa, advirtiéndoles de que si volvían a coger a Juan robando, le llevarían directamente a la policía.

SUAU. Papá se puso hecho una furia... Nunca me había pegado hasta aquel día.

ROVIRA. Y ¿eso os impresiona tanto? ¿Una pequeña incursión en los grandes almacenes? ¿No sabéis que el Gobierno, la Generalitat, los partidos políticos, los bancos y la Iglesia os roban cada mes mucho más que eso? Hay muchísimo que hablar sobre quién roba a quién en este mundo.

SUELVES. ¡Encima, ácrata! Me gustaría ver qué dices cuando te roben uno de tus BMW de tercera mano.

ROVIRA. Seminuevos, Pitagorín, seminuevos.

DAFNIS. Además, Juan empezó a beber mucho. Los del grupo de Rovira compraban ginebra en el colmado y se hacían sus cubatas para entrar entonados en la discoteca. Tenía quince años y ya llegaba a casa los sábados, a la hora de cenar, completamente borracho.

ROVIRA. ¡Un respeto, niña, fuimos los precursores del botellón!

SUAU. Eso no tiene gracia, Rovira.

DAFNIS. A partir de entonces Juan no dejó de ir a peor. Cuando acabó el bachillerato y pasaron todos a estudiar COU en un centro mixto, la costumbre se convirtió en diaria. Con Rovira y sus secuaces se pasaban la tarde en los billares y en unas tabernas siniestras donde se ponían ciegos de todo.

ROVIRA. ¿Qué esperabas? ¡No íbamos a pasar la tarde estudiando! Pero quien no tenía aguante era tu hermano, él se emborrachaba, los demás aguantábamos como hombres.

DAFNIS. A Juan, mi padre le quitó la asignación, y él empezó a vaciarle la cartera cuando no se daba cuenta...

SUAU (*sollozando*). Estoy muy arrepentido, Dafnis, te lo digo de verdad.

DAFNIS. Aquel curso de COU fue para Juan una escabechina académica. Lo suspendió casi todo, mientras que sus amigos, si es que puedo llamarles así, entraban en la universidad.

ROVIRA. Donde debo decirte que no duramos mucho. El mundo universitario, francamente, no era lo nuestro.

DAFNIS. Juan consiguió entrar en Farmacia un año más tarde.

ROVIRA. Muy adecuado para lo que iba a ser su vida en los años siguientes.

SUAU. Gracioso, Rovira, muy gracioso.

DAFNIS. Consiguió entrar en Farmacia, pero enseguida se atascó. Seguía viéndose regularmente con Rovira y sus secuaces Hernández y Fernández. Por entonces empezaba a difundirse en algunos ambientes una costumbre nueva: fumar porros.

ROVIRA (*sonriendo*). ¡Vaya colocones pillábamos! ¿Verdad, Suau?

DAFNIS. Juan lo mezclaba todo, el alcohol y la maría, y hubo un momento en que llegaba cada noche a casa totalmente ido. Mis padres se dieron cuenta de que algo iba muy mal y lo llevaron a un psiquiatra, que lo internó tres semanas en un centro de Pedralbes para hacer un tratamiento de desintoxicación.

SUAU. No sirvió para nada.

DAFNIS. No. Porque tú no llegaste a tomar la decisión personal de dejarlo, y porque continuaste con las mismas compañías.

ROVIRA. Las compañías, las compañías, siempre las compañías. Y ¿la responsabilidad personal, para qué sirve, dime?

SUELVES (*a Dafnis*). En esos años le perdí por completo la pista.

DAFNIS. Para la familia fue un sufrimiento permanente, con muchos altos y bajos. Aunque durante largas temporadas podía llevar una vida más o menos normal, éramos conscientes de que mi hermano estaba siempre bastante fuera de onda. Con los estudios no pudo seguir; luego mi padre consiguió colocarlo en su banco; aguantó un par de años, pero al final también lo dejó. Se libró del servicio militar por el diagnóstico psiquiátrico.

ROVIRA. Ahí no tuve yo tanta suerte, bien que tuve que vestirme de caqui y pasarme una buena temporada cargando el cetme en Vitoria.

SUAU. Seguro que te las arreglaste para encontrar un buen enchufe y no hacer nada.

DAFNIS. En fin, abreviaré. La vida de mi hermano era cada vez más complicada. Se marchó de casa y se fue una época a Londres a hacer de *squatter*, lo que hoy llamaríamos un okupa. Luego volvió. A temporadas vivía con nosotros, y a veces no sabíamos dónde paraba... Y las sustancias que consumía eran cada vez más fuertes...

ROVIRA. Bueno, hasta aquí hemos llegado. Ya sé que me habéis montado este espectáculo para que me sienta culpable y por alguna otra razón que aún desconozco y en algún momento me explicareis. Pero lo que no vais a lograr es achacarme responsabilidades que no son mías. Es cierto que durante un tiempo fastidié un poco a Suau, y también que luego, cuando él decidió formar parte de nuestro grupito, le abrimos un poco los ojos para que aprendiera a divertirse. Él era un auténtico niño que estaba cayendo del guindo y no tenía el menor sentido de la medida, no sabía beber sin emborracharse ni fumar canutos sin pillar unos ciegos descomunales. Pero ese era su problema, no el nuestro.

DAFNIS. Tú, desde luego, no le dijiste que parara.

ROVIRA. Tu hermano no venía con nosotros para que yo le hiciera de padre, sino todo lo contrario, para descubrir una vida más interesante.

SUELVES. Pero sí que le animabais para que se degradara más y más.

ROVIRA (*exasperado*). ¡No! ¡No y no! Cuando todos los de mi grupo fuimos dejando la universidad, volviendo de la mili y encontrando trabajos, es verdad que seguimos saliendo mucho de noche. Éramos solteros y nos divertíamos, y circulábamos por toda Barcelona, por los ambientes más pijos y también por los más canallas. A finales de los años setenta empezaron a circular muchas drogas que hasta entonces no habían aparecido. Muchas anfetis, un LSD diferente y mejor que el que tomaban los *hippies*, a veces opio, pero sobre todo cocaína y heroína. Yo enseguida lo vi claro: la coca es cojonuda, pero el caballo no hay ni que mirarlo. Nada de esnifarlo y, por supuesto, nada de pinchárselo. ¡Qué angustia!

SUAU. Por aquel entonces tus consejos ya me los pasaba por el forro.

ROVIRA. Exacto, te los pasabas por el forro. Fuiste tú el que empezaste a relacionarte con quinquis y fuiste tú el que decidió empezar a meterse caballo. Yo te dije que no lo hicieras. (*A Dafnis y Suelves*.) Podéis creerme, yo no miento. Le avisé varias veces sin que me hiciera caso. Y a partir de allí le dejé de ver.

DAFNIS. Qué fácil es lavarse las manos.

ROVIRA. Y qué fácil es echarle siempre la culpa a otro. Ya digo que reconozco que al principio animé a Suau a beber y a probar drogas suaves, como he hecho yo mismo toda la vida (*con una risa*): bueno, algunas no tan suaves, claro. Pero la decisión de meterse en un camino sin salida la tomó él solito, a mí no me miréis. En el momento crucial yo le expliqué los peligros del caballo para que no fuera por ahí. Y él, muy tranquilamente y haciendo uso de su libre voluntad, decidió ignorarlo.

DAFNIS. ¿Sabes lo que le pasó, verdad?

ROVIRA (*haciéndose el loco*). Algo me llegó.

SUAU. Me puse muy enfermo.

DAFNIS. Fue de los primeros afectados por el sida que se detectaron en Barcelona. Había muy poca información, y los tratamientos iban cambiando. Además, la gente tenía miedo a relacionarse con él. Entremedio murió nuestro padre, posiblemente de los disgustos.

SUAU. Estuve un año y medio entrando y saliendo del hospital.

DAFNIS. Perdió mucho peso, se puso fatal. Y finalmente una neumonía acabó con su vida.

SUAU. Y ahora tengo que dejaros.

La imagen se desvanece, la pantalla se apaga. Se produce un incómodo silencio que tarda en romperse.

ROVIRA. Uf, qué mal rollo.

Dafnis intercambia una mirada de complicidad con Suelves, que asiente con un gesto de cabeza.

DAFNIS. Sí, ha sido duro. ¿Queréis una copa?

ROVIRA. Sí, un whisky, por favor, guapa. Me estáis provocando demasiadas emociones.

Dafnis se mueve hasta la mesa auxiliar con botellas y una cubitera de hielo, y le sirve un whisky.

DAFNIS (*a Suelves*). Tú, Mario, ¿quieres una? (*Mario deniega con la cabeza.*) (*A Rovira.*) Toma, a ver si te ayuda a digerir lo que te hemos mostrado.

ROVIRA (*saboreando la bebida*). Y si tienes un tiritito de coca, también me lo metería. (*Ante la cara de pasmo de Dafnis.*) Es broma, brujita...

SUELVES (*cambiando bruscamente de tercio*). Y ahora, Rovira, ¿negarás tu parte de culpa?, ¿negarás que fuiste tú quien le inició en la carrera que le llevó a la muerte?

ROVIRA. Yo, como ya os he dicho, no tengo vuestra cultura ni vuestros grandes conocimientos (*ironiza*), pero vosotros que sois tan sabios seguro que habéis considerado que, si Suau tenía tanta necesidad de colocarse, era por algún desarreglo interior suyo. Si yo no le hubiera iniciado en la farra y las drogas, lo habría hecho cualquier otro.

SUELVES. No solo le iniciaste, primero le machacaste para convertirlo en tu satélite.

ROVIRA. Sí, listillo, pero también machaqué, como tú le llamas, a otros de la clase como los que han salido antes por esta pantalla, y bien o mal enderezaron su vida, ¿no? Un día hablaba de estas cosas, de la infancia, de cómo te cambia la vida, con un psicólogo con el que coincidí en el gimnasio. Porque yo me cuido, voy cada día al gimnasio, ¿sabéis? Pesas, bicicleta estática, piscina, sauna...

DAFNIS (*sarcástica*). Claro, se te ve estupendo. Con ese cabello tan lustroso.

SUELVES. Y ¿qué decía tu amigo?

ROVIRA. Explicaba que los seres humanos tienen una cualidad por la cual, por muy canutas que las hayan pasado de niños, luego pueden hacer vida normal.

SUELVES. ¿Te referes a la resiliencia?

ROVIRA. Sí, algo así, *re-silencia*. ¿Quiere decir que para ir bien en la vida has de estar mucho tiempo callado, verdad? (*Se ríe, observa la cara seria de Dafnis y Suelves.*) Era un chiste, *re-silencia*, doblemente silencio...

DAFNIS. Muy ingenioso.

ROVIRA. Bueno, volviendo al psicólogo, me contó que se había comprobado que niños crecidos en campos de concentración, o en familias de delincuentes malísimos, o en chabolas, lo que queráis... Esos niños, que cualquiera diría que estaban condenados a salir, de mayores, muy zumbados, o directamente delincuentes, resultaba que luego eran gente de lo más normal, equilibrados, cívicos y buenos vecinos.

SUELVES (*incómodo*). ¿A qué viene este discurso?

ROVIRA. Pues está claro, Pitagorín, alucino con que no lo hayas visto enseguida. Tú y la brujita me estáis proyectando aquí una sesión continua de agravios del pasado con la intención, supongo, de que me sienta muy culpable y pida perdón, o qué sé yo, de reclamarme una indemnización, lo cual ya os adelanto que no va a ocurrir. Pero es que si la teoría de la *residencia* es cierta...

SUELVES. Resiliencia.

ROVIRA. ...si es cierta, no podéis culparme de nada por la sencilla razón de que las personas salen como salen, independientemente de lo que les haya ocurrido en la infancia. Si Juan fue un fracasado es porque él se lo buscó, ya que según la *residencia* podía haber salido tan feliz o tan desgraciado como yo, como vosotros dos o como Conde y Mata, quienes lo pasaron mal una temporada y luego se curtieron y disfrutaron de la vida. Por cierto, lo que sí confirmo es que todos los que se relacionaron contigo en vuestro Club de los Acojonados acabaron fatal.

SUELVES. Qué gran manipulador sigues siendo. Como no es obligatorio que un pasado traumático provoque consecuencias irreparables, entonces nadie es culpable de nada.

ROVIRA. No, Pitagorín, lo que yo digo es otra cosa: en la vida hay de todo: bondad, maldad, diversión, aburrimiento, pasión, riesgo, caracteres débiles y caracteres fuertes... (*Rovira coge un pañuelo y se lo pasa por la frente y por la nuca.*) Hace mucho calor aquí, ¿verdad? Lo que yo digo es que cuanto más sepamos de la vida, más capacidad tenemos de decidir nuestro propio destino. A ti lo que te hubiera gustado, por lo que veo, es disfrutar de una adolescencia entre algodones, superprotegida, que te permitiera pasar de los brazos de tu mamá a los de tu mujercita sin sobresaltos. (*Rovira jadea fuerte como si se estuviera ahogando.*) ¡Pues yo creo que eso sería lo peor que te podría haber ocurrido! Lo que yo digo (*vacila y balbucea*) es que los niños, para madurar, tienen que afrontar obstáculos, recibir lecciones de la vida, vérselas cara a cara con tipos más duros que ellos que les obliguen a luchar por lo que les interesa...

SUELVES (*muy sosegado y con entonación educadísima*). En una palabra, que aún tenemos que dar gracias por habernos cruzado en el camino con un miserable como tú.

ROVIRA (*cada vez más inquieto*). ¡Eso! ¡Exacto! ¡No sabéis el favor que os he hecho! Pero no hay nada que hacer, vamos a menos, las nuevas generaciones salen cada vez más amariconadas, si hasta el Gobierno suprimió la mili... (*Se interrumpe, aspira aire a bocanadas, está muy alterado.*) ¿Qué está pasando? ¿Me estoy ahogando, me...?

SUELVES (*muy tranquilo*). ¿Te ocurre algo?

DAFNIS (*muy tranquila*). Yo no noto nada.

ROVIRA (*alteradísimo*). ¡Por favor! ¡Me estoy ahogando! (*Se levanta a trompicones y tiene que sentarse. Se toca el pecho.*) El corazón me va a mil, por favor, llamad a un médico.

SUELVES. ¿Un médico? ¡Exagerado!

DAFNIS. Será la ola de calor de estos días.

ROVIRA. ¡Que llaméis a un médico os digo! (*Tambaleándose.*) No puedo ni caminar, necesito tumbarme... (*Se sienta lentamente en el suelo, respirando muy agitado. Se queda en el suelo con la espalda apoyada en las patas de una silla.*)

SUELVES (*cogiendo un menú de la mesa*). Creo que los demás deben estar a punto de llegar, les convoqué a las diez. De primero pedí que nos pusieran un pica-pica.

DAFNIS. Perfecto. ¿En qué consistirá?

SUELVES. Croquetitas de jamón, tortilla de patatas, anchoas, escalivada, tapenade, gambas rebozadas y jamón ibérico.

DAFNIS. ¡Hum! Me está entrando hambre.

SUELVES. El segundo plato, cada uno se lo escoge. ¿Qué te parece si nos lo vamos mirando?

DAFNIS. Muy bien, ¿verdad que me dijiste que en este sitio valía la pena sobre todo la carne?

SUELVES. Sí, el cocinero es argentino y cuando compra la materia prima pide que le hagan el corte bonaerense. El bife le sale estupendo, el chorizo también... Fíjate tú, para ellos es una carne, lo que en Argentina llaman chorizo no tiene nada que ver con lo que le llamamos nosotros.

ROVIRA (*desde el suelo, jadeando intensamente*). ¡Cabrones! ¡Miserables! ¿No veis lo que me está pasando?

DAFNIS. Pero dime una cosa, esta carne tan buena, ¿va acompañada con patatas fritas?

SUELVES. ¡Desde luego! Y te diré una cosa: son patatas fritas naturales, no congeladas.

DAFNIS. ¡Hombre! ¡Esto es realmente un elemento de peso!

SUELVES. Para mí, importantísimo. Si te gustan, y a mí me encantan, llega un momento en que diferencias la categoría de los restaurantes por el hecho de que te sirvan las patatas naturales y recién cortadas, fritas en abundante aceite de oliva, o bien que notes que son congeladas. El sabor y la textura resultan por completo diferentes en los dos casos. Me acuerdo de que mi padre decía que para conocer el nivel del establecimiento donde comes tienes que fijarte en sus canelones. Es un plato humilde, no de relumbrón, un favorito del público infantil, pero en un restaurante que de verdad es bueno se esmeran al hacerlo tanto como cuando preparan una langosta, mientras que en uno malo elaboran el relleno con lo primero que tienen a mano, y el cliente lo nota enseguida. Pues para mí el gran indicador gastronómico son las patatas fritas, que también constituyen un acompañamiento sin pretensiones y de toda la vida, pero definen a la perfección al establecimiento que las elabora. Si les encuentras ese sabor neutro del producto descongelado, no hay que volver. Si son crujientes y con el gusto delicioso que da la

patata de calidad y la fritura adecuada, tenemos que apuntar el restaurante en nuestra lista de favoritos.

ROVIRA (*débilmente*). ¡Hijos de puta!

DAFNIS (*a Suelves*). ¿Oyes algo?

SUELVES. Es Rovira, que se está quejando.

DAFNIS. Quizás ha llegado el momento de hablar un poco con él, ¿te parece?

SUELVES. De acuerdo.

Suelves y Dafnis mueven sus sillas hasta quedarse sentados frente a Rovira, que sigue jadeando en el suelo.

DAFNIS. Así que te notas un poco alterado... Realmente tienes la cara bastante roja, como si te hubiera salido un sarpullido.

ROVIRA (*entre jadeos*). ¡Pensaba que me moría! (*Una pausa.*) Ahora está bajando un poco.

DAFNIS. Eso es porque los efectos empiezan a desvanecerse.

ROVIRA. Efectos... (*muy airado*). ¡¡¿Efectos de qué?!!!

DAFNIS. De la medicación.

ROVIRA. ¿De qué estás hablando?

DAFNIS. Cuando has llegado aquí, Mario te ha suministrado unas gotas de un compuesto que se llama Bantán. Lo usan, o al menos antes lo usaban mucho, para tratar a alcohólicos en recuperación, aunque a mí me parece un método muy bestia.

ROVIRA (*indignado*). ¿Me habéis dado eso?

SUELVES (*con una sonrisa de falsa inocencia*). Eso me temo. Te lo puse en el vaso de agua que te tomaste al llegar.

DAFNIS. El Bantán es inodoro e incoloro, de forma que resulta difícil notar que te lo han administrado. Lo que ocurre es que genera una reacción fortísima al alcohol. Si alguien que ha tomado Bantán bebe, aunque sea solo un poco de alcohol, en las horas siguientes, le produce una reacción como la que tú has experimentado: taquicardia, mareo, náuseas y pérdida de equilibrio.

ROVIRA. Pero... ¡seréis miserables...! ¿Cómo se os ha ocurrido hacerme algo así?

DAFNIS. Verás, Rovira, a lo largo de los años nos hemos ido viendo a menudo Mario Suelves y yo. La muerte de mi hermano nos unió mucho. Los dos compartíamos el dolor por no haber podido hacer más para salvarlo.

SUELVES. Yo a Juan le había seguido la pista muy a distancia, pero no podía quitarme de la cabeza la idea de que en los años del colegio tendría que haber intervenido de una forma más contundente para evitar que tomara el camino que cogió.

DAFNIS. Y ¿sabes, Rovira? Los dos estábamos de acuerdo en que la vida de Juan hubiera sido muy diferente de no haber aparecido tú en su camino.

SUELVES. Cuando acabamos el bachillerato nuestro curso se dispersó, aunque algunos exalumnos mantuvieron el contacto entre ellos. Hace un par de años varios integrantes de aquella promoción de los Padres Beneméritos empezamos a reunirnos de nuevo de forma colectiva, y rápidamente decidimos convocar una cena anual. Ya en esta primera convocatoria se planteó un debate. ¿Había que avisarte o era mejor no decirte nada?

ROVIRA (*aún muy desmejorado*). Así que ya hacía tiempo que os veáis...

SUELVES. Hubo unos cuantos debates en torno a ti y el recuerdo que habías dejado. A algunos del curso les era igual que vinieras o no, imagino que había a quien incluso le hacía gracia. Pero otros, en cambio, teníamos tan mal recuerdo de tus abusos que decidimos que en estas cenas íbamos a convocar a todos los antiguos alumnos que pudiéramos encontrar... Excepto a ti. De modo que en los primeros reencuentros llegamos al acuerdo de no buscarte y no avisarte.

ROVIRA. Me vetasteis porque aún me temíais.

SUELVES. ¡Te vetamos porque todos los que te habíamos sufrido seguíamos dolidos por cosas de entonces! ¡Te vetamos porque nuestra herida no había cicatrizado y seguía supurando! ¡Te vetamos porque no habías pedido perdón por el mucho mal que habías hecho, ni tampoco habías recibido el castigo que merecías! Por todo eso, tantos años después nos molestaba verte.

ROVIRA. ¡Coño, ha pasado una eternidad y seguís con el trauma! ¡Vosotros no os habéis hecho adultos!

DAFNIS. Sin embargo, cuando Mario me habló de esas cenas de curso, él y yo empezamos a darle vueltas al recuerdo que teníamos de ti y tus actuaciones. Especulábamos sobre qué podía haber ocurrido con tu vida, ¿habrías cambiado y madurado o bien seguirías igual? Y, sobre todo, ¿habrías reflexionado sobre el daño que causaste en aquellos años de adolescencia?

ROVIRA (*despectivo*). Ya tenéis la respuesta. Hemos hablado durante una hora.

SUELVES. Sí, y has confirmado nuestras peores hipótesis: estás igual, no has cambiado ni te has arrepentido de nada. Al Rovira de cincuenta años le es absolutamente igual lo que hizo el Rovira de quince, la forma en que machacó a sus compañeros y lo que todo aquello implicó.

DAFNIS. Habíamos tenido en cuenta la posibilidad de que algo así pudiera pasar, y la frustración que en este caso íbamos a sentir.

SUELVES. Así que barajamos la posibilidad de aplicarte un pequeño correctivo para que también tú experimentaras la necesidad de darle, con mirada crítica, alguna que otra vuelta a lo ocurrido aquellos años.

DAFNIS. El medicamento Bantán, como te he dicho, se usa en tratamientos de alcoholismo. Generalmente el paciente está al corriente de que lo ingiere, y absorbe una dosis diaria para

reforzar su voluntad de mantenerse alejado de la bebida. El paciente sabe que, si después de tomar el Bantán se bebe una copa, se encontrará fatal. Basta haber notado una vez sus efectos para no tener ningunas ganas de que se repitan, como has podido experimentar por ti mismo.

SUELVES. Pero en algunos casos el paciente no sabe que lo ha ingerido, ya que son sus personas próximas quienes se lo administran sin su conocimiento.

DAFNIS. Este sistema es algo que los médicos desaconsejan por completo, pero que en algunos casos de familias desesperadas se utiliza.

SUELVES. La mujer que ya no puede más con las borracheras del marido y le pone por la mañana una cucharadita de Bantán en el café para que cuando tome la primera copa del día se lleve un susto, por ejemplo.

DAFNIS. En el caso de mi hermano, cuando mi padre vio que los sucesivos tratamientos fracasaban, se sentaba cada mañana junto a Juan a la hora del desayuno para asegurarse de que consumía el Bantán que su médico le había asignado. Como a pesar de la medicación mi hermano llegaba a casa algunas veces con claros signos de haber bebido, mi padre empezó a sospechar que lo había sustituido en la nevera por agua, o en cualquier caso había inventado alguna estrategia para no consumirlo. Así que compró otra caja de capsulas y empezó a administrarle dosis complementarias, de forma esporádica por su cuenta.

ROVIRA (*irónico*). ¡Familia encantadora!

DAFNIS. Lo malo es que mi padre tenía razón. Mi hermano había sustituido efectivamente en la nevera las ampollas de Bantán por otras de un medicamento inocuo. Se las tomaba, se iba a la calle y empezaba a beber de nuevo. Lo supimos el día en que nos llamaron de un bar para avisarnos de que mi hermano se había desplomado de un taburete de la barra. Él pensaba que estaba limpio y había pedido una ginebra. No sabía que mi padre le había añadido otra dosis de reactivo para asegurar la abstinencia.

SUELVES. Acordamos con Dafnis que te haría venir aquí un buen rato antes de la verdadera cita con el resto de la clase y te daría al principio una dosis de Bantán con agua sin avisarte. Según como fuera tu actitud, al cabo de un rato te avisaríamos de lo que tenías en el cuerpo, aduciendo cualquier excusa, para que te abstuvieras de beber alcohol en unas horas. Luego seguiría la cena de exalumnos, y todos tan contentos.

DAFNIS. Pero la conversación contigo ha confirmado nuestros peores presentimientos: seguías tan fatuo, prepotente, chulesco y deshumanizado como entonces.

SUELVES. Necesitabas un recordatorio que te obligara a ponerte, aunque fuera por un momento, en la piel de lo que tus víctimas sintieron.

DAFNIS. Por ejemplo, en uno de los momentos más desagradables del tratamiento que mi hermano tuvo que sufrir como consecuencia del alcoholismo en el que le iniciaste y que sin ti, estamos seguros, no hubiera desarrollado.

SUELVES. Y por eso, al cabo de un rato de charla, y cuando comprobamos el deleznable nivel de tu discurso, te servimos la copa de *whisky* que disparó la acción del reactivo. Un susto sin mayores consecuencias. No te preocupes, en unos minutos estarás perfecto.

ROVIRA (*farfullando*). Zauf paf zu hub zac...

SUELVES. ¿Qué dices?

ROVIRA. Qué soy un enfermo cardíaco. Me han intervenido dos veces del corazón. Y lo que me habéis dado creo que me ha hecho daño en serio... (*Se lleva la mano al pecho.*)

SUELVES (*nervioso*). ¡Rovira!

DAFNIS. No perdamos los nervios, toma un vaso de agua.

ROVIRA. No puedo, no puedo... ¡Me habéis asesinado! (*Se desploma.*)

SUELVES (*se precipita a su lado y le da golpecitos en la cara*). Venga, venga, incorpórate, esto no es nada...

DAFNIS. ¿Se recupera?

SUELVES (*inquieto*). Parece inconsciente, aunque tiene pulso. Dafnis, dile al dueño del restaurante que llame a un médico.

Dafnis sale a toda prisa de la sala. Suelves permanece sentado en el suelo junto al desvanecido Rovira. Extrae un Smartphone del bolsillo de la americana y teclea.

SUELVES (*recita*). Indicaciones del Bantán. Veamos. Potente inhibidor de la aldehído deshidrogenasa. Precauciones: nefritis aguda o crónica, hipotiroidismo, epilepsia, enfermedad cardiovascular, asma... Contraindicaciones: embarazo, insuficiencia respiratoria, enfermedad coronaria o miocárdica. ¡Coño! A ver... También pone «efectos adversos frecuentes, aunque leves y transitorios».

Vuelve Dafnis.

DAFNIS. ¡Ya está en marcha! Viene un médico que vive aquí al lado. Me parece, Mario, que se nos ha ido la mano.

SUELVES (*dubitativo*). Según estas instrucciones, los efectos adversos son «leves y transitorios». El médico al que pregunté me dijo que a nadie le ha pasado nada demasiado grave por los efectos del Bantán.

DAFNIS. Pero no le dijiste que ibas a usarlo sin previo aviso con un enfermo cardíaco.

SUELVES. ¡Demonios, no sabía que lo era!

DAFNIS. ¿Crees que va a pasarle algo?

SUELVES. Espero que no.

DAFNIS. ¿Crees que puede pasarnos algo a nosotros?

SUELVES. No pienses en negativo.

DAFNIS (*muy nerviosa*). Le hemos dado un medicamento, es como si lo hubiéramos envenenado.

Si no despierta, ¿no se llamaría a eso un caso de homicidio involuntario?

SUELVES. Dafnis, déjalo, me estás poniendo nervioso.

DAFNIS. Te digo que se nos ha ido la mano.

(Se oyen ruidos de fondo.)

VOZ. ¿Dónde está el paciente?

DAFNIS. Parece que el doctor está llegando.

De pronto, Rovira se incorpora, para estupefacción de Dafnis y de Suelves. Se sacude el polvo de la camisa, realiza un movimiento rotatorio con el cuello y estira los hombros.

ROVIRA. ¡Puaj! Dile que se vaya, no le necesito.

SUELVES. ¿Estás bien? ¿No te habías desmayado?

ROVIRA. Idiotas, más que idiotas. Os lo habéis creído.

DAFNIS. ¿De verdad te encuentras bien?

ROVIRA. Cuando he hecho ver que me desmayaba ya me había recuperado. Simplemente quería pagaros un poco con vuestra propia moneda.

DAFNIS. Voy a darle las gracias y pedirle que se vaya, no sea que se entere de toda esta historia de la medicación y haga preguntas. *(Sale.)*

SUELVES (*acercándose mucho a Rovira*). ¡Querías engañarnos!

ROVIRA. ¡Y tú qué, milhombres! Podías haberme matado con vuestras gotitas. Pero a la cara conmigo ya no te atreves, ¿verdad que no? *(Le da a Suelves un golpe con las dos manos en el pecho.)* Y ¿sabes por qué no? ¡Pues porque continúas siendo un cagado!

SUELVES. En eso te equivocas. Ya no lo soy y, además, ya no me das miedo.

Se enzarzan en una pelea, donde enseguida toma la delantera Rovira sobre Suelves, al que inmoviliza en el suelo.

ROVIRA. Y ahora excúsate, Pitagorín, o verás cómo te retuerzo el brazo hasta que llores.

SUELVES (*mascullando*). ¡Ni que me lo retorciaras tres horas te pediría perdón, pedazo de rata hortera!

ROVIRA. Así que rata hortera, ¿eh? Pues prepárate, en todos estos años deberías haber aprovechado para ponerte más en forma, sigues siendo una auténtica filfa.

Rovira aplica presión sobre Suelves, que aguanta sin gritar entre espasmos. Regresa Dafnis.

DAFNIS. Chicos, chicos, ¡parad! ¡Que paréis os digo, Rovira, suéltalo!

De pronto la situación se invierte, Suelves se incorpora y consigue retorcer a su vez el brazo de Rovira hasta tumbarlo sobre el suelo boca abajo.

SUELVES. Verás, lo cierto es que estos años yo *también* he ido al gimnasio. ¡Con la ventaja de que no bebo y no me drogo como tú! De modo que el que te vas a excusar ahora eres tú, por haber sido un canalla y por todo el daño que hiciste.

ROVIRA. ¡Ni lo sueñes!

Suelves aprieta el brazo prisionero de Rovira.

SUELVES. ¿Qué dices?

ROVIRA. ¡Me excuso! ¡Me excuso!

SUELVES. Por haber sido un canalla...

ROVIRA. Por haber sido un canalla y por todo el daño que hice...

Le suelta lentamente y con calma se incorpora. También de forma pausada Rovira, dolorido, se pone de pie.

SUELVES (*a Rovira*). Por mucho que pasen los años la violencia sigue siendo lo tuyo, lo que te sale de forma natural. ¿Verdad, Rovira?

Rovira cierra los puños amagando un ataque. Luego ríe.

ROVIRA. Ha estado bien el ejercicio, ¿verdad? Venga, Pitagorín, no seas tan resentido. En realidad, a ti siempre te traté bien. Te embromaba, pero eras de los pocos de aquella clase por quienes sentía respeto. No entiendo por qué me has querido montar una Inquisición esta tarde. Pero el tiempo ha ido pasando y tengo que dejaros, mi chica me espera, le dije que solo estaría un rato con vosotros, no estaba muy seguro de que la cita no fuera a resultar un auténtico coñazo. (*A Suelves, entregándole una tarjeta.*) Ten, si algún día quieres un *buga* bien chulo ven a verme, no te guardo rencor por la encerrona de hoy y te haré buen precio. (*A Dafnis.*) ¡Abur, brujita! Aunque ya estás un poco gallina para caldo, si algún día tienes ganas de que alguien te pegue un buen *kiki*, cosa que está claro que necesitas como el agua, ven a verme y estudiaremos cómo solucionar tu problema.

DAFNIS (*en voz no muy alta y con cara de desprecio*). Vas a triunfar mucho con el trasero al aire, gilipollas. (*Hace un chasquido con la mano.*)

Rovira sale sin darse cuenta de que sus pantalones se han deslizado hacia abajo dejándole con los calzoncillos al descubierto. Se oyen voces procedentes de un grupo que entra en el restaurante.

SUELVES. Finalmente se los ha encontrado. Los de la clase están llegando.

Se oye que varios de los recién llegados están hablando con Rovira. El tono del diálogo da a entender que hay entre ellos una relación fluida, teñida de humor.

VOZ 1. Hombre, Rovira, cuánto tiempo, te dábamos por desaparecido. Pero oye, ¿qué haces en ropa interior? ¿Has sacado a pasear a tu pajarito?

VOZ 2. Vaya facha, tío. ¿Cómo es que te han dejado entrar? ¿Qué te has pensado, que estás en una playa nudista?

VOZ 3. Pero ¿has venido solo? ¿Y Hernández y Fernández?

VOZ 4. ¿Ya te estás yendo? ¿Tan malo es el restaurante?

VOZ DE ROVIRA. Hola, chicos, ¡cuánto tiempo! ¡Veo que seguís igual de tarugos! Un momento, un momento que me suba estos pantalones. No sé qué demonios ha pasado, parece que se han roto a la vez el cinturón y los botones... El culpable de todo es el zoquete de Suelves: me ha citado un par de horas antes que a vosotros para poderme leer la cartilla. ¡Menudo rollo me ha soltado! Y ahora tengo que irme porque mi chica me está esperando. No os doy detalles para no poner os los dientes largos, si os explico cómo es mi Jennifer y lo que hacemos, vais a volver muy alterados al lado de vuestras marujas.

VOZ 5. Siempre tan gracioso, Rovira. Esa tía tan buena que dices, ¿seguro que es del género femenino? Porque me dijeron que te habían visto con un marinero con bigote.

VOZ DE ROVIRA. Veo que voy a tener que darte un capón... De verdad, chicos, tengo que dejaros, otra vez me citáis a una hora más civilizada y me quedaré encantado un rato con vosotros, aunque no seáis la compañía más estimulante del mundo, que digamos. Pero antes de irme voy a daros una información importante.

VARIAS VOCES: ¿Qué pasa? ¿De qué información hablas?

VOZ DE ROVIRA. Coged estas tarjetas. Venga, hay para todos. Guardadlas bien. Son de mi concesionario, y puedo aseguraros que tengo siempre unos coches de puta madre a precios de auténtico chollo. Venid a verme y os haré precio de amigos.

VOZ 1. ¿No intentarás guindarnos como siempre, Rovira?

ROVIRA. Yo mismo te llevaré a dar un paseo en alguno de mis bólidos, y si a la vuelta no has decidido comprarlo, es que las hormonas ya no te fluyen correctamente. Bueno, tengo que dejaros, abur, chicos, hasta otra.

VARIAS VOCES. Adiós, Rovira, vigila no te estrelles con tu descapotable.

Suelves mira melancólicamente a Dafnis, que está empezando a recoger sus cosas. Coge la tarjeta que le ha dejado Rovira y empieza a romperla en trocitos muy pequeños. La pantalla vuelve a parpadear.

SUELVES (*dirigiéndose a la puerta por donde van a entrar el resto de los antiguos alumnos*).

Pasad, amigos, la cena ya está preparada. Veo que ya os habéis cruzado con Rovira. Lamentablemente no podrá quedarse a cenar. ¿Verdad que es una auténtica pena?

FIN DE LA OBRA

NOTA DEL AUTOR

Esta obra está dedicada a Mey, mi universo estable.

Y también a los amigos de entonces: a los que quedaron por el camino, a los que sufrieron, a los que maduraron, a los que me ayudaron a madurar.

SOBRE *EL CLUB DE LA ESCALERA*

Obra ágil, directa, de eficaz dramatismo, que consigue, en una sola escena, ponernos frente a uno de los grandes problemas de la educación infantil y juvenil.

La obra nos angustia al hacernos testigos de los efectos a larguísimo plazo de los comportamientos abusivos entre compañeros de colegio. Estos abusos distorsionan el proceso de formación de la personalidad del niño que los sufre y, como se muestra aquí, la herida lo acompaña a lo largo de toda su vida.

Es impresionante observar cómo el comportamiento abusivo de los escolares puede tener unas consecuencias que el mismo abusador no es capaz ni de imaginar. Existe una desproporción entre la enorme responsabilidad de los actos del niño abusador y la inmadurez de este para darse cuenta de ello. El hueco entre lo primero y lo segundo sólo puede cubrirse mediante la educación.

Una de las lecciones que aprendemos es que un niño imbécil, cuando crece y se hace adulto, muchas veces sigue siendo simplemente un imbécil, como le ocurre a Rovira. La imbecilidad no se cura con el mero paso de los años, nos enseña esta pieza teatral en un acto.

JAVIER GOMÁ LANZÓN, filósofo

ÍNDICE

1.
 1. [Prólogo de Ferran Barri](#)
2.
 1. [*El Club de la Escalera*](#)
3.
 1. [Nota del autor](#)
 2. [Sobre *El Club de la Escalera*,
Javier Gomá Lanzón](#)

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados de recoger sus comentarios sobre este
libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

www.plataformaeditorial.com



CONTRA
LA NUEVA
EDUCACIÓN

Alberto Royo

Prólogo de Antonio Muñoz Molina

Por una enseñanza basada
en el conocimiento

Contra la nueva educación

Royo, Alberto

9788416620081

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una crítica razonada de la pedagogía oficial y una reflexión profunda sobre la educación

Contra la nueva educación pretende ejercer una crítica racional y razonada a una pedagogía oficial que desprecia el conocimiento y la cultura y apuesta, en opinión del autor, por la felicidad ignorante y la empleabilidad de ocasión.

El autor examina de forma mordaz los principales dogmas pedagógicos posmodernos, y elabora una defensa apasionada, pero no pasional, de la instrucción pública como motor de una sociedad avanzada, idealmente meritocrática y con una sólida base ética que ampare el derecho de todos al ascenso social.

Desde su condición de músico, profesor y ciudadano, Alberto Royo se muestra decidido a presentar batalla, consciente de que sus planteamientos no discurren con viento a favor sino que suponen, hoy, casi un acto subversivo, una provocación.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

SERGIO FERNÁNDEZ
Con prólogo de Juan Carlos Cubeiro

VIVIR SIN JEFE

El libro que hará que ames
trabajar por tu cuenta



Vivir sin jefe

Fernández, Sergio

9788415115335

272 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

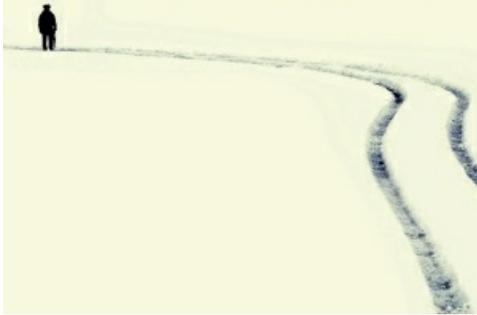
Hay muchas personas que desarrollan trabajos como empleados por los que no sienten ninguna pasión, que los mantienen sólo por conseguir la remuneración de final de mes. Por otra parte están los emprendedores, gente que ha puesto en marcha una aventura empresarial y que suele atravesar todo tipo de problemas, excesos o dificultades hasta, si logran salir adelante, llegar a ver cumplido su sueño. En España, más de la mitad de los sueños empresariales fracasan en el primer año y tan sólo un quince por ciento supera los cinco años. Tiene en sus manos un libro que le detalla y aconseja sobre los principales errores que cometen con mayor frecuencia los emprendedores. Si es cierta la sentencia que afirma que los fracasos constituyen el mejor aprendizaje, este libro es el perfecto formador.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Plataforma
Novela

El olvidado

ELIE WIESEL



El olvidado

Wiesel, Elie

9788416429028

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una reflexión sobre la memoria por un autor Nobel de la Paz.

Afectado por una enfermedad incurable, Elhanan Rosenbaum ve cómo poco a poco se le borra la memoria. Muy pronto no será nada más que un olvidado, un hombre sin raíces, desposeído de su propia historia: su infancia rumana, la guerra, el amor de Talia, el descubrimiento de Palestina, los combates en Jerusalén en 1948... En el relato que inicia para legar su memoria a Malkiel, su hijo, se mezcla la investigación de este en la población rumana de sus antepasados. Viaje extraño que le permitirá aceptar su propia identidad, forjada por una historia de la que no ha sido consciente durante demasiado tiempo.

Un vasto fresco de cincuenta años de historia, al mismo tiempo que el destino de un padre y un hijo a los que alejan tantas cosas pero que son, a pesar de ello, indisociables.

«Elie Wiesel es uno de los intelectuales y pensadores más importantes de nuestro tiempo. Es un testigo del pasado y un guía para el futuro. Sus libros extienden el mensaje de la paz, de la reconciliación y de la dignidad humana.»

Comité Noruego del Nobel, 1986

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Plataforma
Editorial

THICH NHAT HANH



DOMAR AL TIGRE INTERIOR

Meditaciones sobre la transformación
de las emociones difíciles

«Nos muestra la conexión entre
la paz interior y la paz en la tierra.»
Su Santidad el Dalai Lama

Domar al tigre interior

Nhat Hanh, Thich

9788416096435

120 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

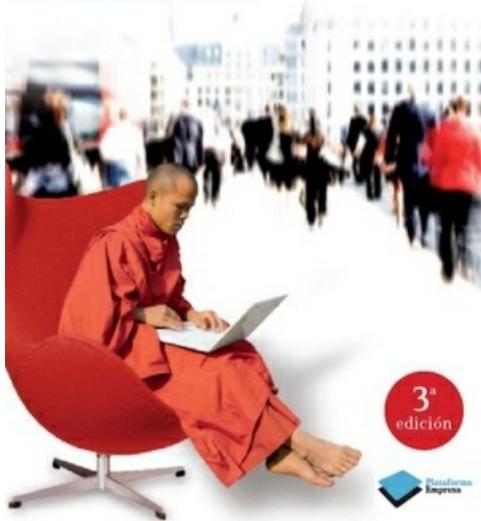
El admirado maestro espiritual Thich Nhat Hanh nos proporciona en estas páginas una guía para liberarnos de las emociones que son causa de nuestro mayor sufrimiento. Erudito de gran prestigio internacional, activista por la paz y maestro budista venerado por gentes de todas las creencias, Thich Nhat Hanh ha inspirado a millones de personas en todo el mundo con su profundo conocimiento del corazón y la mente humanos. En esta ocasión, aborda con su profunda sabiduría espiritual las emociones humanas básicas con las que todos nos enfrentamos cada día. Destilación de algunas de sus célebres obras, Domar al tigre interior constituye un manual de meditaciones, analogías y reflexiones que ofrecen técnicas con sentido práctico para apagar la ira, transformar el miedo y cultivar el amor en todos los escenarios de la vida. En definitiva, una guía sabia y exquisita para llevar la armonía y la sanación a nuestras vidas y a las relaciones con los demás

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Gánate y ganarás en bolsa

El éxito radica en tu interior

José Antonio Madrigal



3^a
edición



Gánate y ganarás en bolsa

Madrigal, José Antonio

9788415577317

126 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro desvela la psicología necesaria para hacer operaciones rentables. Del mismo modo, el lector descubrirá diferentes estrategias de gestión del dinero. Ambos temas de importancia capital y de obligada lectura para rentabilizar de manera continua sus inversiones.

[Cómpralo y empieza a leer](#)